

# A Quien Corresponda

## Remiten

**José Luis Velarde**

**Guillermo Lavín**

## Administración

Ma. Enriqueta Montero Higuera

Alejandra García Cabrera

## Coordinación Zona Sur

Gloria Gómez Guzmán

Jorge Maldonado

## Coordinación en Nuevo Laredo

Héctor Romero Lecanda

Federico Schaffler

## Coordinación en Reynosa

Graciela Ramos

## Coordinador en Monterrey

Renato Tinajero

## Coordinador en Matamoros

Arturo Zárate

## Coordinación en Cd. Victoria

Arturo Castrejón

Carmen López

## Corresponsal en Europa

Víctor Aquiles Jiménez

## Consejo Editorial

Héctor Carreto

Roberto Arizmendi

Arturo Castillo Alva

## Diseño y portadas

Guillermo Lavín

José Luis Velarde

Dirigir correspondencia a: **Río San Marcos y Río Tamesí #104, fraccionamiento Zozaya, Cd. Victoria, Tamaulipas. CP 87070.** También recibimos correspondencia en el correo electrónico: **cactusediciones@hotmail.com**

Visite nuestra WEB:

<http://aquiencorresponda.spedia.net>

☎ (131) 2-32-33

**A Quien Corresponda** es una revista mensual que cuenta con el apoyo del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes a la edición de revistas independientes "Edmundo Valadés 1999". Nombre con registro en trámite para la reserva de derechos de título ante la Dirección General de Derechos de Autor. Expediente: 206/98.352/. #102.

Agosto del 2000. Impreso en Ciudad Victoria, Tamaulipas, México.

ISSN: 0188-5863

## Más textos del Concurso

**Edición 2000**

### Narrativa

**El laberinto de fuego / Félix Cortés Schöler... (4)**

**Tan princesa / Ricardo Fabián Torres... (10)**

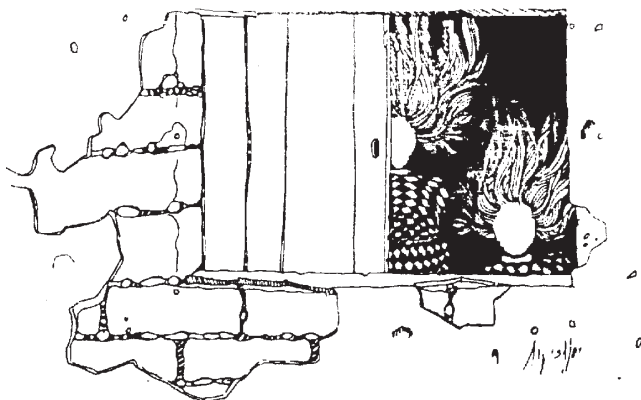
**Eloísa / María de la Luz Soto Seidemann... (14)**

**El crimen más grande del mundo / Juan Antonio Fernández Fernández... (20)**

**Sobre la transformación del profeta / Libia Brenda Castro... (28)**

**La caminata / Marco Minguillo Brehaut... (32)**

**Correo Insospechado... (37)**



## ■ A Quien Corresponda:

1.- Los textos que publicamos en este ejemplar participaron en nuestro *II Concurso Internacional de Cuento A Quien Corresponda*. Muestran diversas facturas y estilos que esperamos resulten gratos a nuestros lectores. Félix Cortés Schöler y Libia Brenda Castro son mexicanos; Ricardo Fabián Torres es argentino; Juan Antonio Fernández Fernández es español; María de la Luz Soto Seidemann es nativa de Chile; Marco Minguillo Brehaut, nació en Perú y vive en Suecia.

En la variedad está el gusto citaba el antiguo refrán.

2.- A mediados de 1999, el penúltimo año del Siglo XX, seguro que sí, el penúltimo, el maestro Gonzalo Martre decidió fundar una editorial. No una editorial de las que tanto abundan, comunes y corrientes, sino una que basada en la venta de suscripciones pudiera ofrecer nuevas

posibilidades a los reunidos en una congregación capaz de autofinanciarse sus libros en tirajes de mil ejemplares.

3.- De este modo nació *La Cofradía de Lectores la Tinta Indeleble*, que tras haberse propuesto publicar seis obras por año, ya va en camino de superar sus propios pronósticos. A este empeño se han sumado diversos escritores que, a cambio de sus cuotas, reciben cierta cantidad de libros para ponerlos a la venta. Esto les permiten recuperar la inversión inicial, incluso superarla y obtener una ganancia que en estos tiempos de crisis no deja de ser bienvenida ( “bendecida”, mejor dicho). De este modo se evitan los intermediarios, se esfuman los costos de distribución, no hay necesidad de recurrir a las librerías de postín, se publican textos que de otro modo enfrentarían mil y una dificultades para ver la luz pública y se promueve la lectura, porque todos los cofrades buscan la mejor manera de vender los libros de manera personal y multiplicada en sus respectivos ámbitos. Esperamos que este proyecto crezca hasta volverse

progresión geométrica, porque ha puesto el ejemplo a todos los que se quejan de que no hay manera de editar libros a precios razonables y con posibilidad implícita de obtener ganancias paralelas.

4.- De este modo fue publicado *A control remoto y otros rollos*. Un libro de Jesús Luis Benítez, "El Booker", (1949-1980), un escritor que bebió las posibilidades de la vida con aceleración tal que le cobró la vida cuando las bibliotecas aguardaban más textos de un narrador que fue considerado parte de la Literatura de la Onda. Era el tres de marzo de este año, anochecía cuando fue presentada esta obra, mientras se recordaba el vigésimo primer aniversario luctuoso de Jesús Luis Benítez en el Club de Periodistas de México. En el presidium estuvieron Emiliano Pérez Cruz, Arturo Trejo Villafuerte, Xorge del Campo y Gonzalo Martré.

5.- *La Tinta Indeleble* reapareció con *Pájaros en el alam bre*, una novela negra de Gonzalo Martré donde un peculiar investigador llamado Jorge Carmona, se empeña en desmembrar un cartel de la droga con tesonero afán, siempre acompañado de una taxista de buen ver y rotunda encarnación de las madrinas para desmentir cualquier riesgo de fealdad, mientras aparecen personajes relacionados con personajes de la política nacional.

6.- Luego vendría *La guerra detrás de la guerra*, un ensayo de Raúl Macín donde se presentan los diversos conflictos que antecedieron y prevalecen en Chiapas tras la aparición en 1994 del movimiento armado.

7.- En corto plazo aparecerán nuevos libros de los siguientes autores: Jorge Cubría, (antología corta de ciencia ficción mexicana); Guillermo Fárber; (textos breves donde predomina la C.F.); Raymundo Ramos, (textos breves); Rafael Carralero, (novela cubano-jarocho); Raúl Macín, (ensayo sobre la Iglesia Católica y las iglesias protestantes); Gonzalo Martré con otra novela

del género negro). Los interesados deberán escribir a: *La Cofradía de Lectores la Tinta Indeleble*, Gabriel Mancera 1013, Delegación Benito Juárez, México, Distrito Federal, C.P. 3100.

8.- Mande por lo pronto buenos deseos, textos para el concurso, aún está a tiempo de participar. No se reserve libros que haya encontrado excepcionales. Compártalos. Escuche rock de los sesenta y pida sus canciones favoritas en la discoteca más próxima. No evite los charcos, apedree nubes, húndase en los recuerdos, donde quiera que estos se encuentren.

Lea un buen libro. Escriba una carta y no se quede sin mandarla. Envejezca despacio. No lea literatura chatarra. No crea en los falsos profetas. No crea toda la publicidad. Mande quesos de cabra y quesos de tuna, pan bien sazonado. Asómese por el siguiente rumbo de la WEB:

<http://aquiencorresponda.spedia.net>

En fin, como pueden ver, las posibilidades son infinitas...

Sin más:

**Guillermo Lavín    José Luis Velarde**

[guillermolavin@hotmail.com](mailto:guillermolavin@hotmail.com)  
[jluisvelarde@hotmail.com](mailto:jluisvelarde@hotmail.com)

<http://aquiencorresponda.spedia.net>

🍷 Félix radica en la ciudad de México. Los datos que nos envió sobre su trabajo literario no eran muy abundantes. Esperamos saber más de él, en fecha próxima.

## El laberinto de fuego

por Félix Cortés Schöler

México

U

n leve descuido: gotas de té negro salpicadas sobre la página de papel azul, tinta sepia, palabras antiguas. Al otro lado de la minúscula ventana, los agujones de las catedrales, el lejano murmullo del Vltava, cuarto menguante. En las paredes, yeso blanco y húmedo, sombras agitadas, luz de velas.

Un pañuelo: la mezclanza lodosa de té y tinta, el reloj, las dos treinta y seis, una mancha en lugar del nombre de Yahvé. Helena y un suspiro, agotamiento, los ojos empolvados y los labios agrestes.

Está a punto de maldecirse, pero no tiene caso: la página arruinada, al día siguiente todo el mundo sabría que metió ilegalmente el termo de té al salón de lecturas. El cansancio... Quizás Jiri tenía razón: la biblioteca es un lugar diurno. Un bostezo.

La voz tenue, apenas inexistente. El juego de sombras: las paredes blancas y las velas. ¿Por qué velas?

-Mám zízeň...

Helena desvía la mirada del papel azul: la voz no era imaginaria. A sus espaldas. Las sombras agitadas, y la silueta. Las cadenas y los grilletes. Labios podridos, los huesos como fantasmas a flor de piel. Y las palabras... palabras sin dientes, sin saliva, palabras sedientas:

-Mám zízeň...

Sed... Sí, esa sed incontrolable, áspera. Helena se acerca al prisionero que cuelga de sus manos, el peso de las balas de cañón soldadas a sus pies lo estiran hacia el piso, pero aún así, las uñas negras y

cuarteadas no llegan siquiera a rozarlo. Las velas alocadas. Las velas...El fuego. La sed.

-Cuidado, está caliente...

Sorbos entrecortados, los ruidos subterráneos de una garganta agrietada tragando por primera vez desde...Uno de los ojos reventado, el otro nublado, lechoso. Barba selvática, olor a vejedumbre, a muerte viva. Helena, el prisionero, el termo de té inclinado sobre una boca ávida, casi infantil en su deseo de llenarse.

-Gracias, Góspodina...

Helena perpleja: Góspodina, una palabra más antigua que la antigüedad. ¿Quién? Afuera, tras la minúscula ventana, el murmullo del Vltava, las campanadas roncadas de Svatého Víta, el quejido de una luna moribunda. Góspodina... Dama mía... El prisionero y una sonrisa cascada, una araña y su tela en una de las axilas, piel de papiro. ¿Quién, quién?

-¿Cómo puedo liberarte?

El viejo niega con la cabeza.

-Mis cadenas no fueron hechas para ser rotas...

Una mirada cercana, eslabones, una extraña sustancia, ¿metal líquido? ¿vapor de vidrio? Las velas, el libro de papel azul, tinta sepia, viento tras la minúscula ventana, tras el Vltava. Las cadenas, palabras.

-¿Palabras?

Palabras antiguas. Irrompibles. El viejo cierra el ojo blanco. Un suspiro con olor a volcán, una lágrima azul, azul como el papel. El juego de sombras en las paredes, yeso blanco y húmedo. Dos preguntas.

-¿Quién eres?

-Loev.

-¿Quién te encadenó?

Las flamas, las velas, cera blanda, derramada, el libro de papel azul y tinta sepia encendido sobre la mesa, incendiado, las flamas, las llamas, sombras de luz danzante, Helena y el prisionero, el grito de ella, la bufanda a latigazos contra el fuego del libro, la cera derretida, inflamada como aceite de piedra, la mesa, la plancha de madera y las patas de madera, cubiertas de cera en llamarada, la bufanda inútil, la mesa el infierno y el libro cenizas, humo de tinta y un techo tiznado por los lengüetazos del fuego y el grito a espaldas de Helena:

-¡Góspodina!

La mirada amarilla de Helena: un río de cera y de fuego por el piso, puente entre la mesa y el prisionero que se consume y grita desesperado. Helena vuelta columna de sal, sus ojos el reflejo gemelo de la agonía de Loev, de sus huesos calcinándose, del fuego que se adueña del cuarto, y del grito último entre humaredas y la hoguera:

---

**Palabras  
antiguas.  
Irrompibles. El  
viejo cierra el ojo  
blanco. Un  
suspiro con olor  
a volcán, una  
lágrima azul,  
azul como el  
papel. El juego  
de sombras en  
las paredes, yeso  
blanco y  
húmedo. Dos  
preguntas.**

¡Góspodina!

Su cuerpo deshecho, jirones de carne fundida, los grilletes y las cadenas finalmente soltándolo, liberándolo, Helena inmóvil, respirando el humo de la tinta: palabras antiguas, irrompibles...

El incendio a su alrededor y ella en el centro: el fuego sin tocarla, como si ella estuviera hecha de agua, las paredes yeso negro y reseco, costras de pared por doquier, piedra candente, ríos de lava que derriten al aire y ella en el centro...

El sonido de los huesos calcinados pulverizándose en el piso de piedra. Las cadenas y los grilletes, palabras frías entre el fuego, la pared reseca cuarteada, Helena y su mirada de sal amarilla. Loev, ceniza, polvo, lágrima evaporada, lágrima azul, azul como el papel: incinerado el nombre de Yahvé, nada más que humo y lengüetazos en pared y techo, las piedras del muro, tras los grilletes, cediendo al terremoto inmóvil del incendio, grietas, polvo, piedras...

Helena y un grito ahogado, sin aliento: el boquete en la pared que se traga las cadenas y los grilletes, que aspira las llamaradas que se hunden en el fondo del pasillo ¿del pasillo? Los ojos de Helena: tras la pared derrumbada, tras las cenizas y los huesos de Loev, la extensión de una fila de antorchas, de pequeños incendios espejos del infierno del salón de lecturas. El pasillo, negro vacío, fuerza de gravedad...

Ella no puede controlar sus movimientos; con la pesada lentitud de lo inevitable, un paso tras otro, Helena se aleja del incendio que agoniza y que le ha abierto la entrada al laberinto. Sin atreverse a respirar, cruza el umbral del pasillo. Apenas siente el peso de su bufanda en una mano. La otra toca la piedra negra, cruda, que ahora la rodea: humedad oscura. Empotradas en la roca, a intervalos regulares, las antorchas iluminan débilmente el camino.

-Mám zízeñ...

Helena se vuelve con un sobresalto...No, esta vez, la voz sí es imaginaria. ¿La anterior acaso no? Debió serlo; todo, la sed, Loev, el incendio, todo... Ella sigue sentada frente al libro de páginas azules y tinta sepia, bebe tranquilamente su té, y al otro lado de la minúscula ventana el murmullo del Vltava la quiere arrullar. Los agujones de las catedrales, las campanadas roncadas de Svatého Víta...El humo de

las antorchas arde en sus ojos, y las únicas campanadas que oye son las de su propio cerebro pulsante, inflamado. Sigue caminando.

Sus pasos lentos, la suela de las zapatillas palpa las grietas, delgadas líneas entre baldosa y baldosa, mojadura. Los ojos ardientes, resequedad entre pupila y párpados, la tentación de tallarlos es grande, la de dejarse caer y dormir lo es aún más. Pero no: Helena no deja caminos andados a medias, y aunque el pasillo de las antorchas parezca interminable, ella decide. Sigue caminando.

Tras ella, la ciudad y la luna en cuarto menguante, el Vltava y los agujones de las catedrales, la minúscula ventana y el salón de lecturas incinerado, el polvo que fue Loev y el boquete en la pared han desaparecido; en su lugar queda solamente un punto sin dimensiones, perfectamente matemático... Adelante, otro invisible, reducido a inexistencias. Sólo Helena, sus pasos húmedos, su mano acariciando las paredes hollinosas, la bufanda que arrastra sin saberlo. Sólo ella. Y las antorchas. Sigue caminando.

Siente de pronto que el eco de sus pasos no es el eco de sus pasos. Que ya no respira cuando respira. Que sus ojos son de madera. No, no de madera: de piedra, de algún mármol negro. Que el pasadizo se aferra a su garganta, que sus pulmones se llenan de agua. ¿Cuánto tiempo ya? Horas, días...Quizás minutos. Su suspiro se adelanta y retumba en la puerta al final del pasillo-

La puerta...

Helena no sabe en qué momento dejó de caminar. Pero ahora está aquí: una pesada puerta, remaches de antiguo fierro, bisagras oxidadas y un picaporte gigantesco. Plomo. Helena ve hacia atrás una última vez; las antorchas, el pasillo con sus baldosas, la piedra húmeda de sus paredes: oscuridad total. Ella y la puerta al borde de un agujero negro.

Un zumbido al otro lado de la madera. Acerca un oído: ¿langostas? Helena escucha una electricidad animal que la asusta. Por primera vez desde que derramó el té, siente miedo. Pero no hay a dónde ir: sólo la puerta. Posa la mano sobre el picaporte, el frío del metal, electrocución. El zumbido cesa. Abrupto.

La palanca cede ante el peso de su mano y el pes-



tillo se libera con aliento de óxido. Como si se quisiera abrir por voluntad propia, la puerta empieza a moverse sin que Helena jale: ella sólo observa el paisaje que le revela el chirrido de los goznes...

Un abismo. Más bien, una garganta de volcán. Un cilindro de vacío rodeado de roca. De roca pulida, ¿barnizada? Luz incierta. Sin sombras. Tenue. Gris. Fría. Helena junto a la puerta abierta. Boquete en la pared del pozo. Viento. La bufanda-

El aire le arrebató la bufanda que empieza a revolotear, a jugar con la corriente, subiendo, subiendo, dragón de titiritero: se pierde en la altura interminable del pozo. Helena la pierde de vista y mira hacia abajo ¿hacia arriba? No hay nada que distinga un extremo del otro: mareo. El aire la empuja. El piso la resbala.

Cae.

Viento en sus ojos cerrados, el cabello a latigazos, la piel de todo el cuerpo cristalizada.

Cae.

Los brazos extendidos, la cabeza dando tumbos, y el grito. ¡El grito!

Cae.

*Mi nombre es Abbadón.*

\*\*\*

Helena siente frío en la espalda: el frío de la piedra lisa sobre la que yace ¿desnuda? No, la tela de su ropa también está ahí, con su aspereza, sus pliegues desordenados. El zumbido: la electricidad animal ha vuelto, es como si estuviera rodeada de insectos... Abre los ojos lentamente:

Un candelabro de cinco brazos cuelga sobre ella del techo bajo, sus velas-velas, ¿por qué siempre velas?- despiden una luz fría, casi azul. Helena se incorpora lentamente: los insectos, los millones de insectos hierven en su cabeza. El cuarto es pequeño, apenas tiene lugar para la losa sobre la que yace ella: pentagonal. Chistoso, piensa sin querer pensar todavía en nada más, chistoso, una cama de cinco lados. Un cuarto con cinco puertas. ¿Por cuál habrá entrado?

Hay un eco perdido: un nombre. Algo que la hace recordar repentinamente lo que pasó antes de que cerrara los ojos. No lo puede pronunciar, ni en silencio, pero las letras surgen como espuma, espuma de mar muerto. ¿Está muerta? No, los latidos de

su cerebro se lo comprueban. El nombre...

-Sí. Abbadón.

Helena vuelve a abrir los ojos: un candelabro de cinco brazos cuelga sobre ella del techo bajo. Él está frente a ella, la túnica verde lo convierte en estatua: cobre oxidado, llovido, ¿cocodrilo? Lo ve inmediatamente en su mirada, en los párpados inmóviles, en las pupilas blancas; sabe perfectamente quién es él, ha escuchado su nombre una infinidad de veces. Afuera, cuando la lluvia de la tarde cae sobre las estatuas del puente, o cuando el viento recorre los callejones de la Ciudad Vieja... Él mueve los labios, se traga el silencio.

Están solos en el cuarto de cinco paredes, y Helena siente frío en las manos, él empieza a pronunciar palabras que ella desconoce, su voz da campanadas en el espacio y ella se acuerda de las inscripciones desgastadas sobre las lápidas hebreas. Lo único que reconoce, lo único que entiende, es el nombre:

-Abbadón.

Helena despierta con un sobresalto: un candelabro de cinco brazos cuelga sobre ella del techo bajo. La fría luz le lastima los ojos. Un aire silencioso se introduce en sus oídos: dolor. Quiere gritar, pero la voz le ha sido robada.

-Robada no, Góspodina. Convocada.

Helena mira a su alrededor. La piedra ¿Loev? no revela el origen de las palabras: Helena está sola, acostada sobre la fría piedra pulida, con la lengua cristalizada por el miedo. Cinco puertas con argollas por picaportes la rodean. Palabras antiguas:

-Mil años...

Helena y su grito esmerilado.

Abre los ojos: un candelabro de cinco brazos cuelga sobre ella del techo bajo. Se incorpora: mareo, náuseas ¿hambre? ¿Cuánto tiempo desde el último bocado? El cuerpo le grita, implora: un poco de algo, no sabe qué; la incierta incomodidad del insomnio. Helena mira a su alrededor. Pies, piso frío, descalza, a pesar de su ropa, descalza. Se pone de pie. Cinco puertas con argollas por picaportes. ¿Cuál? ¿Quién? ¿Loev? ¿Dónde? ¿Yo?

Helena siente que nada en el aire, que respira agua.

Una luz azul, fría, la obliga a abrir los ojos. Un

candelabro de cinco brazos cuelga sobre ella del techo bajo. La cubre una túnica verde ¿cobre? No, aspereza. La arroja con las fuerzas que le quedan. Desnuda. Fría, la plancha pentagonal de piedra sobre la que yace la acuchilla. Cinco puertas con argollas por picaportes. Helena no soporta la asfixia. ¡Ya basta! Se abalanza sobre la primera puerta y-

La primera puerta no cede. Es tan sólo la imagen de una puerta en el muro de piedra. Helena tira de la argolla, la quiere arrancar de raíz, nada. Helena arroja su cuerpo contra la piedra, nada. El hombro gime ¿clavícula? Es inútil. La primera puerta no existe.

La segunda puerta no ofrece resistencia alguna: aceite en los goznes, silencio de muerte. Desnuda, Helena se asoma: muros de tierra húmeda, gusanos, maderas podridas, hedor. El interior de una tumba. Un hueso rancio. La segunda puerta no escapa.

La tercera puerta está húmeda. Una bofetada de aire salado penetra cuando Helena la abre. Olas. Un mar de plomo o de mercurio, o de aire líquido. ¿Palabras? Helena recuerda los eslabones de Loev. Las cadenas, palabras. Es la misma sustancia, extendiéndose hasta que el horizonte desaparece. Piélago de voces y de asfixias. La tercera puerta no habla.

La cuarta puerta se abre por sí sola: le recuerda... Claro, es la misma. El abismo al otro lado, el pozo, el cilindro con paredes de roca pulida ¿la bufanda? Pero Helena ya no se asoma: los ojos se cierran como por reflejo, evitar el mareo. No quiere volver a caer, a sentir el cabello a latigazos. La cierra de un azote. La cuarta puerta no olvida.

La quinta puerta se le ofrece. Casi como una sonrisa. Helena abre. Las paredes, yeso blanco y húmedo. Al otro lado de la minúscula ventana, los agujones de las catedrales, el lejano murmullo del Vltava, cuarto menguante. La mesa, el libro de páginas azules, tinta sepia; la vela, tranquila y en paz, la vela. Un termo con té negro y un pañuelo que absorbe el nombre húmedo de Yahvé. Las campanadas roncadas de Svatého Víta. Tan fácil: tan fácil regresar a esa noche que ocurrió hace mil años... La tentación del olvido... Helena la deja cerrarse con un chirrido; la quinta puerta no llora.

Helena entiende: Góspodina. Mil años.  
*Abbadón.*

Lo ve de cuclillas sobre la cama de piedra: su túnica verde ahora una sábana. Desnudo, tanto como sus pupilas blancas. Tanto como las palabras antiguas que murmura. Helena entiende.

La unión de sus cuerpos. Amalgama de un jadeo verde, verde como la túnica y azul como las lágrimas de Loev. Y sepia como la tinta. Helena escribe el capítulo que nunca leerá: lo escribe sobre el pergamino de su piel y con la caligrafía de su orgasmo...

Ya no conoce más palabras que las antiguas: las que se funden y la aprisionan, las que cuelgan de sus piernas y de su sudor...

Góspodina...

\*\*\*

Helena siente el dolor de la gravedad. Las balas de cañón soldadas a sus pies la estiran hacia el piso, pero aún así, no lo alcanza a rozar. Mil años, piensa... Mil años...

Jiri entra al salón de lecturas. Extrañado, ve el termo de té ya frío. El libro abierto en una página lodosa: la tinta sepia reducida a un borrón mal limpiado. Mira a su alrededor, buscándola: ¿Helena? ¿Helena?

Ella cuelga de la pared y lo observa todo. Jiri cierra el libro cuidadosamente, esconde el termo en su morral. Mira a su alrededor: ¿dónde estás, Helena?

Helena grita: ¡Mám zízeň!

Pero es inútil: mil años...

Jiri sale del salón de lecturas, cerrando la puerta tras de sí.





# FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO

A través de la edición de libros antológicos, individuales y colectivos de jóvenes autores del interior del país, Tierra Adentro da a conocer nuevas voces y estimula la creación acercándola al público lector de México.

## NUEVOS TÍTULOS

### POESÍA

202. Nirvana Paz  
*Procesiones* \*

204. Valerie Mejer  
*Ante el ojo del cíclope* \*\*

206. Ángel Carlos Sánchez  
*Huecos necesarios* \*

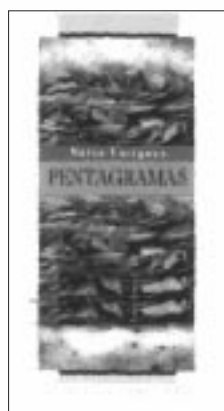
207. Édgar Rincón Luna  
*Aquí comienza la noche interminable* \*

209. Sergio Vicario  
*Barítono de luz* \*\*

210. Josué Vega López  
*Cuerpo en añicos* \*

212. César Silva Márquez  
*ABCdario* \*

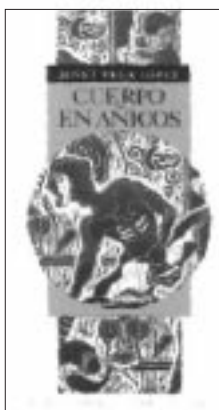
213. Carlos Manuel Cruz Meza  
*Nirvana* \*\*



### CUENTO

201. Alana Gómez  
*Larva de serafín* \*\*

211. María Enríquez  
*Pentagramas* \*\*



### TEATRO

201. Aída Andrade Varas  
*Los sobrevivientes* \*\*

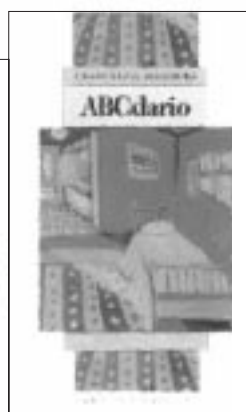
### NOVELA

205. Vízania Amezcua  
*Una manera de morir* \*\*

### ENSAYO

208. Gustavo Ruiz Pascacio  
*Los designios de la Diosa: La poética de Efraín Bartolomé* \*\*

\* \$25.00  
\*\* \$30.00



**DE VENTA EN LIBROS Y ARTE,  
CONACULTA, EL PARNASO  
Y OTRAS LIBRERÍAS DE PRESTIGIO.**

EN INTERNET:  
[www.conaculta.gob.mx](http://www.conaculta.gob.mx)  
E-MAIL:  
[beatrizp@conaculta.gob.mx](mailto:beatrizp@conaculta.gob.mx)

**CONACULTA**  
TIERRA ADENTRO

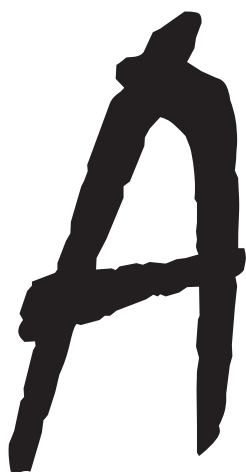
🍷 Ricardo vive en Rowson, en la provincia de San Juan, en Argentina. El año pasado también fue finalista de nuestro concurso. Pertenece a una sociedad literaria con la que intercambiaremos materiales.

## Tan princesa

por Ricardo Fabián Torres  
Argentina

---

*Donne, donne, eterni dei!  
Chi v'arriva a indovinar?  
G. Rossini - "El Barbero de Sevilla"*



vos te lo puedo contar, Laurita, porque siempre me pareciste una mujer tan especial, mezclando la cocina con las confidencias, igual que la protagonista de aquella película mexicana que vimos juntas hace unos meses; la de la mujer con el trozo de cebolla en la cabeza, ¿te acordás? ¡Esa! ¡Claro! ; vos siempre tuviste mejor memoria que yo. Yo sólo recuerdo el título de las películas de la Legrand.

No puedo dejar de darte la razón: al compartir tus secretos con otra persona se contrae una dependencia hacia ésta que hace que ya no vuelva a ser nada igual. También por eso creo que te elegí para contarte mi secreto. No es un secreto tan grande como parece cuando lo enuncio, pero me da mucho pudor y un poquito de vergüenza ajena... ¿Qué sé yo! Es algo que se siente sólo cuando se pasan los límites. ¿Vos me entendés, verdad?

En algún momento, antes de todo esto, -quiero decir-, me reproché y hasta me vi bajo la mirada acusadora de las monjas del colegio, sobre todo la hermana

Rosario, la que tenía olor a lejía y jabón blanco en las manos. Ella siempre nos señalaba el pecado de Eva en esa reproducción monstruosa del Veronés, y hablaba de la tentación de la carne. Sin embargo, mi virginidad estaba custodiada y a salvo gracias a mis dos hermanos y mi madre. Papá nunca estuvo; -en casa, quiero decir-. Trabajaba mucho en su fábrica. Algunas tardes iba a buscarme a la salida del Colegio y me llevaba a una confitería, o al cine. Me regalaba dulces y me decía que estaba enamorado de mis ojos azules y mis bucles y que yo era su princesita. Papá siempre fue tan especial; pero después de la bancarrota y la separa-

ción fue difícil para él llegar a casa y franquear la cara de vinagre de mamá y de mi tía Norma.

Con el tiempo llegó Jorge. Jorge era tan medido, tan formal, tan ..., no sé, era exacto lo que mamá y mis hermanos querían para mí. Era ingeniero civil, tenía una empresa de construcción y pretendía casarse conmigo. Por mi parte, había sido educada escrupulosamente, tan preparada para tomar el té con mis amigas, criar hijos sanos y fuertes, y era, además medianamente hermosa. Mis ojos azules eran profundos, no inteligentes como los tuyos, Laura, sino parecidos a los de Mirtha Legrand, y tenía la piel blanca y envidiable, durante mi adolescencia ni siquiera había tenido acné, También era alta y de cintura estrecha. Ahora mantengo casi el mismo cuerpo gracias a mi cirujano, Estévez, el Spa de Suiza y la dieta estricta, aunque esta tarde ya me comí dos escones. Deben ser los nervios ¿no?.

Estaba contándote de Jorge. ¿Te acordás del casamiento? Fue todo un acontecimiento. ¡Enorme!. La familia de Jorge era muy fina, sobre todo la estirada de su hermana; pero mirá vos, terminó viviendo en concubinato con un uruguayo, pianista de cabaret, en Colonia y alimentando a dos hijos que no son los suyos. ¿Te acordás del vestido azul de Marta? Ese que de tan ridículo que era estuvimos riéndonos casi un año. Ahora Marta es concejal o algo así. Desde que vino de Cuba, embarazada claro, se dedicó a la política. ¡Ay! Estos escones son mortales, una delicia. Siempre tuviste buena mano para la cocina ¿sabías?.

Bueno, sí, tenés razón, me voy por las ramas. Sigo..., con Jorge nos fuimos de luna de miel a Europa. Yo tenía entonces casi veintidos años y era virgen. Tenía tanta vergüenza de serlo, Laura, ustedes me decían que en los setenta lo mío era patológico o patético, no recuerdo, pero era pato... y algo. Tu novio de entonces se llamaba Pato ¿no?, y yo estaba tan criada a la antigua. Ustedes se reunían a tomar cerveza y a fumar con los compañeros de la facultad. Decían con tanto orgullo esa palabra “compañeros”. Vestían de negro o con alguna ropa hindú, y llevaban siempre un Sartre subrayadísimo y con las páginas manchadas con el alcohol de la vida. Ustedes hacían eso, arreglar las cabezas, arreglar el mundo, y desarreglar el orden.

Recuerdo que en una reunión me presentaron a Marcelo. Marcelo era un gremialista extraviado en su ideología confusa, en sus múltiples dependencias, en las avivadas típicas de argentinos avisados que terminan derrotados en los laberintos que ellos mismos han construido y de los que no saben salir. Yo era una despistada, me emocionaban los Bee Gees y creía que el mundo empezaba detrás de los límites de este país. Marcelo me hablaba de revolución y de sexo. Y me asustó. Por eso acepté casarme con Jorge, para cruzar el charco, para conocer Europa y Estados Unidos, lo que era entonces cierto para mí. Practiqué mi francés impecable en París y mi inglés académico en Picadilly Circus, durante mi luna de miel, que

---

**Sigo..., con Jorge  
nos fuimos de  
luna de miel a  
Europa. Yo tenía  
entonces casi  
veintidos años y  
era virgen. Tenía  
tanta vergüenza  
de serlo, Laura,  
ustedes me  
decían que en los  
setenta lo mío era  
patológico o  
patético, no  
recuerdo, pero  
era pato... y algo.  
Tu novio de  
entonces se  
llamaba Pato  
¿no?, y yo estaba  
tan criada a la  
antigua.**

duró casi dos meses. Después volvimos como una feliz pareja a construir para la patria. Entonces reencontré a mis amigas...a algunas. Otras ya no querían verme.

Jorge me enseñó el sexo de un modo tan circunspeto como él mismo. Teníamos relaciones juiciosas y cuidadas, calculando los niños que iban a llegar. Así, me quedé embarazada de Jorgito justo al año, como habíamos previsto; un año y tres meses después vino Graciela y listo: me puse un DIU. ¡A cerrar la fábrica y dejar el parque de diversiones abierto!. Pero Jorge contrajo el cáncer de próstata que lo llevó a la tumba. Cuando quedé viuda tenía veintiocho años y entré en crisis junto con el país. No tenía ideas políticas fijas, Jorge me había adiestrado escrupulosamente, para pensar que nosotros estábamos del buen lado, que no éramos salvajes, que los argentinos de buena familia siempre deben estar mirando a Europa; todo lo opuesto a aquel Marcelo que conocí. Además, ustedes estaban entonces tan emocionados, creían tanto en el futuro, un futuro del que yo me sentía de vuelta...no sé, quizá por eso junté mis hijos, vendí mi casa y me fui del país. Tenía tanto ruido en mi cabeza que no quería escuchar el ruido que hacían los “compañeros” en la calle. Alguien más dijo esto ¿no?

Cuando llegué a Barcelona –Cataluña no es España, no te equivoqués– me instalé con mis hijos y creí haber cerrado un círculo. Alma y Concepción fueron mis primeras amigas, españolísimas y viudas. Y el tiempo pasó volando. Hombres hubo, claro, pero yo seguía como dormida, aletargada, te diría que casi no entendía muy bien por qué Alma y Concepción contraban al sexo tan fascinante. Una tarde, mientras tomábamos un pisolabis, Alma me dijo que mi problema era que no expresaba mis fantasías. ¿Fantasías? ¿De qué me hablaba Alma? ¡Y pensar que en España dicen que todos los argentinos somos todos psicoanalistas! Comencé un recorrido en el que ellas me llevaron a distintos sex-shops de clientela exclusiva y show de strippers. Así llegué a mi cumpleaños treinta y cuatro. Esa noche probé mi primer porro y gracias a un adonis sevillano de apenas veintitres, con un cuerpo increíble y un miembro que me hacía recordar el obelisco, conocí mi primer orgasmo, el verdadero. Aquel muchacho era todo un experto. Comprendí cuál era mi destino y decidí volver a Argentina, quizás porque había recuperado el obelisco. Sé que suena mal decirlo así, pero es lo que sentí en ese momento, porque de pronto, Europa se me hizo incomprensible, se me

achicó el mapa, y el cielo, ese que yo buscaba en otras latitudes, a lo mejor encajaba aquí, en mi país. Y volví, Laura, decidí volver.

Escribí muchas cartas, quería recuperarlas a todas ustedes. Los reencuentros no siempre fueron felices. Algunas que fueron parte de mi vida y he añorado siempre, me recordaban débilmente o habían olvidado las tardes de la adolescencia, el sabor del verano de los nísperos calientes o los vientos de la cordillera. Descubrí que a algunas ya no las vería más y que otras prefirieron hacerse las desaparecidas, porque entre nosotras se había quebrado algo que no pude precisar entonces. Ahora las entiendo. A ellas no les quedó espacio para recuerdos. Eso quedó para mí, la Princesa, que se fue a Europa, se saltó esta etapa y claro, no le cuesta nada recordar el ayer porque no está pensando en el hoy ni se angustiará mañana. Es decir, que ni caso tuvo discutir, Me dio vergüenza porque ellas trataron de birlarme la verdad con eso de nos va bárbaro, qué regio, aquí también y contame que se usa en Europa, qué colores están de moda, y yo portándome como ciega, sin verles las caras ajadas y fijándome en lo que ellas querían que me fijara, en la marca de su ropa.

Pero como tiene dos caras, he vuelto a abrazarlas a Estela y a vos, Laurita. Con ustedes hemos hablado abiertamente. Se juegan la vida a cada instante y sin embargo, se ríen como antaño y me cuentan sus pasadas por la cárcel, sus torturas, aceptándolo, sin aspavientos. Ustedes han crecido en este tiempo. Se han hecho grandes y maduras. Yo...no sé.

Mis hijos se quedaron en Europa, ellos se sentían como la actriz adolescente de “El Exilio de Gardel”, ¿así se llamaba la película, no?. Compré una casa con un gran jardín. Demoré mucho en decorarla, quizás a propósito. Cuando planté los rosales -el jardinero que se ocupara de todas las otras plantas, las rosas eran mías-, levanté la cabeza por primera vez y miré hacia arriba. Allí estaba yo, bajo el cielo de mi país, estaba de vuelta en mi lugar ¿era mi lugar? Mi ciudad calza exactamente en la cicatriz de mi memoria, sin un bache, impecablemente. El país físico no ha cambiado, es el mapa humano y el político que yo conocía el que no está. Me sentía de regreso. Y estaba sola y con dinero.

Una noche miré el reloj, eran las nueve y media de la noche y desde las nueve estaba bañada, perfumada, con el pelo suelto, como si esperara a alguien. Sin embargo, hacía mucho tiempo que había decidido no

volver a vivir junto con nadie. Podía ser un pensamiento mezquino, pero no quería sentirme invadida, quería usar el baño, las toallas y mi cama con la sola persistencia de mi olor. Pensé que tenía muy en claro mi soledad. Existían razones físicas y emocionales que había preferido ignorar. El olor de otra piel, la forma de los hombros, el peso de un cuerpo y la profundidad del aliento podía pagármelos. Sabía que había infinidad de hombres con quienes podía compartir exclusivamente el lecho. Y entre todos los hombres estaban aquellos con los que podía tener sexo, con los que podía dormir, con los que podía viajar y con los que podía vivir para siempre; repartiendo ese vivir para siempre en varios otros hombres. Yo ya no era una mujer que servía la mesa y sacaba las flores secas de los jarrones, tampoco me ocupaba en decorar mi casa o en crear platos exquisitos. Ahora comía frugalmente, depositaba mi vida en fundaciones culturales y exposiciones de artistas desconocidos que pretendían seducirme. Te juro que algunos eran realmente divertidos, sin ser maricas. Pero seguía sintiéndome hueca, aburrida, incompleta. Existía aún un contrapunto entre mi cuerpo y su disfraz. Donde antes se habían enfrentado prohibiciones habían crecido girasoles de percepción. Creí que había llegado el momento de definir esa línea sutil entre lo permitido y lo prohibido. Quería permitirme mi fantasía, como me había dicho Alma.

Sólo conocía que se me tratara como a una princesa, que se me cuidara y se me respetara, aún aquellos hombres a los que no les había pagado eran condescendientes conmigo y su respeto crecía cuando veían mis tarjetas de crédito o mi cuenta bancaria. Yo quería que me trataran cruelmente, sentirme vejada, meterme en la piel de una prostituta, de una verdulera, quería sentir el dolor y el abuso, humillarme ante algún hombre. Pero no podía hacerlo. Ningún hombre me envilecería porque lo abochornaba con mi dinero, a menos que accediera a crear un teatro, una representación de la crueldad. Por eso marqué ese número...

Pedí esa tarifa tan especial, tan “sofisticada” como me dijo la voz que me atendió. Era una mujer, y cuando le pedí lo que quería casi pude ver sus dientes sonriendo y sentir el vapor de su envidia. Me explicó que eso era algo “sofisticado” -de nuevo- y que me costaría un extra. Di el número de mi tarjeta, fijamos lugar, fecha y hora y colgué.

Aquel callejón, después de la lluvia (¿viste que Bue-

nos Aires es tan parisino cuando llueve?), aquel callejón, te decía, era tan sórdido, tan como creado para una película de misterio... Miré mi reloj, era la hora exacta.

Encendí un cigarrillo y sentí una mano que me tomaba con fuerza por el cuello. El hombre me empujó hacia unas bolsas de basura y me mantuvo de espaldas. Vi el borde de mi vestido Versace mojarse con el barro del callejón. Sentí sus manos que me buscaban, me raspaban la piel de los muslos y desgarraban mi ropa interior. El dobló mi espalda hasta colocarme en cuatro patas y con sus piernas abrió y empujó las mías. Luego me sentí penetrada como una perra, cabalgada como una yegua. Estaba húmeda, excitada. Me mordí los labios para no gritar. Sentí la respiración del hombre sobre mi nuca, y un hilo de sudor me bajó desde las sienes, me tiró el pelo hacia atrás y empezó a acelerar el ritmo, cada vez más adentro, más profundo, cada vez más cerca del paraíso. No pude contenerme más y gemí, pidiendo, exigiendo más. Él comenzó a golpearme con fuerza, salvajemente, en el rostro. Sus manos eran grandes, pesadas; entonces sentí una descarga, un volcán, un terremoto que sacudía mis entrañas y un último empujón que me dejó exhausta, inclinada oliendo la basura húmeda de ese callejón.

A vos te lo puedo contar, me vas a entender. Creo que esa fue siempre mi fantasía. Tal vez, desde aquella tarde en que papá me llevó al Luxor. Daban “La Pato-ta”. Papá me acariciaba los bucles y en la pantalla Mirtha Legrand, la princesa, con sus ojos azules tan parecidos a los míos, esperaba en el fondo de una calle ese hombre sin rostro que era el único que podía completarla y hacerme feliz... A la salida del cine, papá compró una manzana acaramelada, grande y deliciosa, para su princesa...



🍷 María de la Luz vive en Chile. Es profesora de enseñanza básica y catequista. Ha publicado *Cuentos para educar, Cuentos para Elisa, una niña como tú*, *Cuentos de la naturaleza y otros relatos, Carrusel, Ha llegado carta y Viaje al puerto*.

## Eloísa

---

por María de la Luz Soto Seidemann  
Chile

---



Ya pasó el cartero?

Nadie le respondió a doña Eloísa, la abuela, para todos, cuyos pasos lentos se predisponían cada día involuntariamente hacia la puerta en espera de noticias de su hija y frente al silencio o la negativa del deseo, se devolvió a la galería con su caminar suave, como si no tocara el suelo; se veía aún erguida para sus años, aunque estaba un poco ciega, sin embargo, podía recorrer la enorme casa sin grandes dificultades.

-María, refunfuñó. La vieja mujer servía en el hogar de doña Eloísa ya por cuarenta años y viéndola ahora convertida en una espera constante, su carne vieja y sus huesos crujían en lamentos puntillosos. Tenía dieciséis años cuando llegó a la familia y Leticia, la hija mayor, ya se había casado para entonces. Desde hacía unos años la repetitiva preocupación de la señora, por recibir cartas de París, la sumaba a ella en esta tarea obsesiva y triste, que probablemente nunca quiso para sí ni para otro, aunque ella misma no sabía lo que era ser madre.

La abuela se sentaba en la galería de entrada a espe-

rar al cartero y en cuanto escuchaba su silbido, le hacía señas para que le entregara algo. El cartero también la conocía desde mucho tiempo atrás y fue él quien trajo la mayoría de las cartas que la anciana, antes menos vieja y triste, esperaba. Entonces, a él le eran atribuibles las alegrías profundas, los agradecimientos insistentes y, la mayor parte de las veces, una copita de buen trago, que daba para una plática breve y para uno que otro sonrojo de María.

La casa donde habían vivido por tantos años aún conservaba la misma decoración, que con mucho gusto y grandes esfuerzos llevaba una clara impronta de



la personalidad de la abuela. En el living, el viejo berger colocado cerca de la chimenea miraba un viejo Somerscales con marco imponente y lujoso. Los sillones se habían renovado conservando los tonos burdeos de la felpa; a ambos lados de la entrada al salón dos siales aportaban un toque de clase a la habitación. Grandes ventanales sombreados por visillos de velo italiano daban luz y calor a la estancia; ambas traslucían la belleza del jardín. El preciado jarrón de porcelana inglesa sobre una antigua mesa Huidobro, completaba la elegante distinción en la decoración.

Carlos el hijo menor habló con la voz muy baja, ronca, susurrante, una voz angustiada, Jorge, el hermano mayor y su hija Paulina, escuchaban reverentemente:

-En mi opinión no debemos decírselo.

Paulina soltó un sollozo. Se secó las lágrimas y miró por la ventana hacia fuera tratando de ocultar la contrariedad que todo aquello le producía.

-Sería un sufrimiento inútil, agregó Jorge. El hijo mayor de doña Eloísa no había podido aceptar que la mujer que él recordaba joven, siempre enfrentando la vida con entereza, atenta a todas las necesidades de sus cuatro hijos, hubiera quedado tan lejos. La ancianidad se llevaba día a día la fuerza, el valor y el gozo de existir, de su madre, en un vivir callado y ajeno.

Aquel día un pesado silencio se había adueñado de la casa de doña Eloísa. A sus 86 años, ella no participaba de ningún quehacer del que había sido su hogar. Subía y bajaba, se encontraba lo mismo con los objetos que con las personas, que eran para ella fantasmas de un sueño o de un destino. Igual daba. Su nieta Paulina, el marido de ésta y sus dos pequeñas hijas, eran la familia que había venido a suceder a la suya en los espacios, en el bullicio, en la convivencia y formaban parte de un todo que ella, a sus años reconocía con la alegría y gratitud, pero como mirándolos siempre por una ventana.

A las cinco y treinta de la madrugada, su nieto Marcelo había muerto en un accidente en la carretera, mientras volvía de su trabajo en los campos frutales, cerca de Teno, al sur. Era Agrónomo. El hijo que le dejó Leticia cuando partió a París, entonces niño de seis años y a quien la abuela había criado con una adoración que no sintió jamás, o que al menos no expresó nunca, por ninguno de los suyos. Doña Eloísa enviudó joven y aunque sea su marido no quiso esperar para acompañarla en su vejez, los hijos estaban ya

todos grandes. El dolor apenas amainaba cuando el pequeño entró en su vida, cargado él también de una dura maleta de despedidas. Para entonces, ya hacía más de veinte años que ella había aprendido a enfrentar la vida. Había pasado tiempos difíciles, los recursos pocos, que la habían compensado en tenacidad y decisión, dos armas cuya fuerza estuvo siempre en el amor inmenso que sentía por los suyos y que fueron, a la vez el modo de conocerse a sí misma y comprender, en el género humano, la grandeza de las probidades y de las flaquezas, y valorar la posibilidad de ser, entre todas las cosas, mujer y madre, con esa extensión maravillosa que era Marcelo.

No recordaba el momento preciso en que ella había cambiado tanto.

Tal vez las continuas infidelidades de su marido, que lo rompieron en mil pedazos y la hicieron enterrar ese tiempo de su memoria para siempre. Quizá fue cuando enfermó Mariana, su pequeña. Tenía Mariana 22 años, una carrera terminada y era la más suave y tierna de las jóvenes. Cuando la enfermedad le impidió levantarse, entonces todas las horas eran para ella. Doña Eloísa la bañaba, la peinaba, le leía, le contaba cosas, le hablaba de Leticia en París. Pero Mariana murió, a pesar de todos los cuidados y los ruegos, Mariana se fue frágil y delicada llevándose todas las lágrimas con ella. Porque, como una extraña paradoja, la había dejado en este mundo sólida y capaz. Sabía cómo seguir adelante: "Nada me borrará la sonrisa", se había jurado.

La muerte se le enfrentaba una vez más hoy día y ella no lo sabía. Socarrona se llevaba sus amores y sus años felices; la abuela se sentó en el living cerca de la ventana, ajena a todo, sumida quizás en qué confusos pensamientos, mientras un tímido rayo de sol se asomaba, quebrando la monotonía gris del cielo del invierno.

De pie frente a la chimenea Jorge miraba chisporrotear el fuego, se sobaba las manos con gesto inconsciente; el fuego no llegaba a entibiar el alma. Carlos con la vista fija en su madre parecía querer infundirle a través de su mirada algo de ese tremendo coraje que había crecido en él como parte de ella. Paulina sentada a los pies de doña Eloísa le tomaba la mano y la retenía entre las suyas. Esa habitación abrigada por la gran hoguera, en un silencio espectral, donde las almas relataban sus sentimientos en los gestos mínimos de cada uno parecía una escena de

otro tiempo, con el reloj detenido en la pared de los deseos, que hubiese querido reflejar con su paleta un pintor intimista.

Se anunció el almuerzo y Jorge tomó a su madre por el brazo para llevarla al comedor. Acostumbrada a verse en la mesa rodeada de su familia, al bullicio y las caras sonrientes de sus bisnietas, doña Eloísa preguntó por ellas.

-Hoy almuerzan en el colegio abuela-, respondió Paulina.

-¿Y tus hijos Jorge tampoco vendrán hoy?

-Ya están aquí mamá, fue la respuesta. Carlos que se sentaba al lado de la anciana, le tomó la mano y todos creyeron que iba a darle la noticia; pero no fue así, sólo le pidió que comiera.

-No tengo apetito, dijo ella.

Solamente el ruido de platos y cubiertos que se movían como para romper un silencio terrible, era lo que se escuchaba en el amplio comedor.

-Bien comamos, invitó de pronto la anciana, cambiando su actitud. Estamos todos juntos y no le debemos nada a nadie, agregó, riéndose con una cálida carcajada.

-Sus hijos y nietos hicieron eco en un murmullo que no alcanzó a ser nada.

Sonó el teléfono y Carlos se paró apresurado. Los demás dejaron el comedor para tomar el café en el salón, mientras doña Eloísa subía a descansar, como todas las tardes.

A las tres saldrán de allá, fue la noticia que entregó Carlos con palabras entrecortadas, mientras recogía los pedazos del antiguo jarrón que se había destrozado al caer. Todos enmudecieron tan sobrecogidos por el anuncio cómo por la pérdida del objeto que enorgullecía a la abuela.

Debido a los funerales de Marcelo mucha gente vino a la casa esa tarde.

Sentada en la salita contigua al living, lugar donde le gustaba mucho pasar las horas de la tarde, doña Eloísa tomaba su taza de té con leche, junto a su prima. De pronto acercándole afectuosamente la cabeza le comentó:

-No he recibido carta de Leticia. ¿Recuerdas a Leticia? ¿Verdad?

-Leticia, Leticia, suspiró la anciana, mirando hacia fuera. El cielo de la tarde tenía algo de claridad amarillenta y un vientecillo caprichoso hacía golpear las ramas del magnolio sobre los vitreaux de la puerta de

salida al patio posterior. Tanto de ella misma había encontrado en su hija Leticia, decidida, soñadora, tan capaz y sobre todo apasionada. Pasión por su arte. Pasión para vivir cada momento intensamente, pasión para amar. Todo era jugar la vida a una carta. Perdió en su matrimonio y quizá cuantas partidas más.

Hacía ya veinticinco años que nadie sabía de ella. Al cabo de un tiempo sin tener noticias suyas, Carlos y Jorge, viajaron a Francia, pero su rastro se perdía en un pequeño departamento cerca de Montmartre y nunca lograron encontrarla. Leticia era o fue su espejo, o, tal vez lo que ella habría querido ser. También Eloísa había sabido amar con locura, pero temió volver a querer así.

Mariana en cambio, fue como un sueño celeste, limpia, nada oscuro cabía en ella; casi mística, con una sonrisa envidiable. Carlos muy concentrado en sí mismo, vencedor, parecía siempre tener el camino enfrente, alegre, generoso, conservaba su risa de niño, parecido a Mariana. Jorge algo de Leticia, mucho de su padre, muy bueno, encantador, genial, con un exquisito toque de frivolidad.

Su nieto Marcelo era todo lo que le quedaba de Leticia y ahora se había ido para siempre. Nada había sacado Marcelo de Leticia; parecía haber recibido algo de todos los demás: espléndido, generoso, muy alegre. Se llevó los últimos años de la abuela, los más sabios, los más dulces.

A las ocho de la noche solamente quedaban en la casa la abuela y la María. La abnegada mujer la acostó y le dio una sopa caliente.

-Quédate un rato conmigo María, rogó la abuela, recemos un rosario.

La mujer siguió el monótono rezo con la cabeza sobre el pecho para ocultar su dolor. También ella había cuidado de Marcelo compartiendo con la abuela fiebres, pestes, alegrías y travesuras del niño.

-Duérmase, señora, dijo María, mientras se persignaba; hace bastante frío. Se acercó para arroparla y la abuela tomándola por los hombros le besó la frente.

La lámpara de noche sobre el velador inventaba figuras de sombras con el airecillo que salía de la chimenea del dormitorio. Desde la cama doña Eloísa no veía las llamas, pero imaginaba el chisporroteo tan conocido y el calor que le brindaba el abrigo del corazón. Los recuerdos vagos iban y venían, eran nubes de algodón que la envolvían sin perturbarla. Una gran paz recorría el ambiente en el lenguaje del silencio. Sin

moverse la abuela se durmió.

Al regresar de la iglesia Paulina estuvo sentada en la pequeña salita, sin sentir las horas del tiempo que pasaba. Recordaba a su primo Marcelo, tan cercano, tan querido. Cuántos celos sintió a causa del niño que vivía con la abuela. Paulina y Marcelo crecieron juntos llenos de ideales y sueños de juventud. Dos gaviotas corriendo por la playa, dos palomas volando al futuro.

Sobrecogida por los recuerdos y el frío de la noche, se acurrucó sobre el cojín del viejo sillón de mimbre, como una pequeña que quiere esconderse del pesar que la confunde y la aterra.

En la mañana temprano Carlos llegó a la casa para ver a su madre.

-Pasa hijo, dijo la abuela, que despierta aún, se encontraba en la cama.

-Pasa, repitió, sin estar segura si era Carlos o Jorge el que venía.

Al reconocer a su hijo menor lo abrazó largo rato, cómo si no quisiera alejarse de él nunca. Carlos le tocó la frente mimándola, en respuesta al tierno abrazo de su madre.

-¿Sabes hijo? Anoche la princesa lloró a su amado.

Carlos enmudeció. Desde hacía un tiempo la abuela tenía momentos de confusión y hablaba de cosas que su familia no podía descifrar o reconocer a los sujetos a quienes se refería.

Esa mañana la abuela permaneció en su dormitorio moviendo los objetos que mantenía sobre la cómoda: piezas de cristal, retratos, perfumes, algunas cajitas muy finas, un florero traído de Bohemia. Abrió y cerró varias veces los tres cajones, no podría decirse si buscaba algo o sólo quería saber si todo estaba en su lugar. Las campanas del reloj de la sala la sacaron de su abstracción y llamó para que la ayudaran a bajar la escala.

A esa hora la familia volvía de dejar a Marcelo en el cementerio.

Otros familiares y amigos se habían reunido en la casa y se escuchaba a muchas personas conversar sin levantar el tono.

La abuela entró y saludó a todo el mundo grata y sonriente. Se quedó cerca de Jorge, se cogió de su brazo y le habló:

-Es duro ser el hijo mayor, más aún que ser el jefe de familia. Hoy estás especialmente callado.

-Estoy bien mamá, no se preocupe, fue la respues-

ta.

El pelo castaño de Jorge estaba casi blanco. Era un gran pintor aunque no había dedicado la vida al arte como su hermana Leticia.

-Jorge, sabés cómo te he amado, verdad?, preguntó doña Eloísa. He llorado tus penas como las mías y he gozado tus triunfos como los méritos que te correspondían. Tienes dos buenos hijos, mis nietos.

Paulina se acercó interrumpiendo la conversación. La abuela la miró largamente a los ojos, le besó las manos. Después salió hacia el patio; se arregló un poco el chal negro que llevaba siempre sobre los hombros.

Uno de los jóvenes de la familia quiso acompañarla, pero ella argumentó que sólo quería dar su paseo diario entre los árboles. Caminó despacio por el patio y salió por la puerta trasera.

En la calle un hombre que había cortado un árbol, se afanaba tratando de arrancar su raíz. La abuela le habló con la cortesía que le caracterizaba:

-Señor ¿hacia dónde está el río?

-Caminando a su derecha abuelita, respondió el jardinero, agregando:

-Pero no vaya sola hacia allá, está bajando la niebla y puede pasarle algo.

-No se preocupe, gracias, he muerto ayer al amanecer.





## **Camino abierto al futuro**

**Excelencia académica.**

**Fomentar los valores.**

**Crear hábitos de investigación.**

**Promover la cultura general  
y la apreciación de las artes.**

**Practicar el deporte como  
fuente de salud y recreación.**

**Vincular la educación y la sociedad.**

**Preservar el medio ambiente.**

**Estimular el espíritu emprendedor.**

**Colegio  
Nuevo  
Santander**



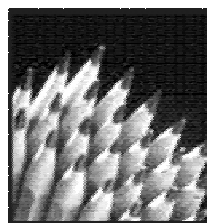
**18 Hidalgo y Juárez #153 Tel. 2-51-87**



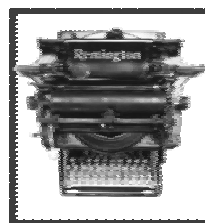
**Tablas  
de arcilla**



**Plumas  
de Aves**



**Lápices  
y plumas**



**Máquina  
de escribir**



**Computadora  
Personal**

## **Haga más fácil su trabajo: seleccione la mejor herramienta.**

**Con la computadora personal,  
usted puede**

diseñar edificios  
consultar enciclopedias  
enviar fax  
pintar cuadros  
escribir novelas  
programar actividades  
navegar en Internet  
manejar sus recursos



almacenar datos  
retocar fotografías  
archivar documentos  
inventar máquinas  
mandar email  
llevar inventarios  
administrar empresas  
hacer tareas escolares

jugar un rato  
y casi todo  
lo que quiera.



# **SACSA**

**Computadoras, periféricos, redes,  
mantenimiento, software.**

**12 y 13 Matamoros #510-1. Cd Victoria, Tamaulipas. Tel. 3-15-37-17  
[sacsa@tamnet.com.mx](mailto:sacsa@tamnet.com.mx)**

🍷 Nació en Barcelona en el año 1957. Vive en Argentona, un pueblo de la misma provincia. Es socio de la Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción. Finalista del Premio UPC con la novela corta *Reflejo en el Agua*, publicada en la *Colección Espiral-Ciencia Ficción*. En esa misma editorial publicó el relato *Virtual* dentro de la *Antología Impactos en el Tercer*

## El crimen más grande del mundo

por Juan Antonio Fernández Fernández

España

E

l señor Sánchez, Álvaro para los amigos, era un humano puro. Ello explicaba por qué podía gozar de un apartamento en la Zona Libre, tener una esposa no mutante, dos hijos y un acuario con tres magníficos peces de colores.

Aquel individuo trabajaba desde hacía veinte años en una sucursal de la TransWorld en Ciudad Cristal, siendo considerado un empleado sumiso y obediente. Todo ello, sin embargo, no fue óbice para que una buena mañana el hombre llegara al trabajo con media hora de retraso, se saltara los códigos de acceso a la bóveda de seguridad, le desintegrara una pierna al guarda con un láser y se largara con cerca de cinco millones de créditos en efectivo.

El señor Sánchez, Álvaro para sus amigos, desapareció de la circulación sin dejar el menor rastro.

Los intentos de la policía por localizarle dentro y fuera del planeta fueron infructuosos, así como las pesquisas de la compañía de seguros, de los familiares y de cuantos quisieron dar con su paradero. El hombre se había esfumado por completo sin dejar ninguna huella tras de sí.

Cuatro semanas más tarde, cuando nadie se acordaba del asunto, la señora Sánchez recibió a través de su móvil un bonito mensaje 3-D, enviado desde unos elegantes apartamentos en Ciudad Lunar, en el cual su amante esposo le felicitaba por su próximo cumpleaños. Todo un detalle. La mujer



acudió a mi despacho de luto riguroso, como si el bueno de Sánchez ya estuviera muerto y enterrado. Entre sollozos me pidió que la acompañara a la Luna y que, en mi calidad de detective, convenciera a su marido para que se entregara a la justicia. Semejante petición iba acompañada de diez billetes grandes, por lo que acepté sin reparos.

Aquella misma tarde volamos hacia el viejo satélite. Cinco horas después, siendo noche cerrada en horario local, nos alojábamos en el hotel del espaciopuerto. Aunque ambos habíamos acordado salir juntos por la mañana, apenas quedé solo alquilé un traje lunar usado y marché zumbando hacia los apartamentos en cuestión. Yo tenía motivos para actuar sin testigos, cinco millones de buenos motivos.

La entrada a aquellos apartamentos subterráneos era una inmensa cúpula dorada. Sobre nuestras cabezas se proyectaban nítidas imágenes en movimiento, representando con gran realismo exuberantes paisajes espaciales, mientras infinidad de serviles andróides ofrecían bebidas entre flores exóticas. Celebridades millonarias paseaban ante mí, vestidas con elegancia y protegidas de los moscones por una jauría de guardaespaldas con implantes mecánicos. Yo me mantuve al margen, merodeando por la zona sin llamar la atención.

Por fin encontré a un botones humano que, previo aligeramiento de mi cartera, me informó sobre el pájaro que yo buscaba. El amigo Sánchez había estado alojado allí varias semanas, siempre encerrado en su habitación; pero, lo que son las cosas, aquella misma tarde había ahuecado el ala tras recibir un mensaje urgente de la Tierra.

Maldiciendo mi mala suerte, comencé a investigar por entre los hovertaxis del sector. Al cabo de media hora, encontré una pista. Un tipo pecoso y regordete reconoció la holofoto de Sánchez y se avino a facilitarme la dirección a donde le había llevado. Mi cartera volvió a adelgazar otro poco pero de nuevo me hallaba en el buen camino.

Llegué a mi nuevo destino en cuestión de minutos. El lugar resultó la antítesis del anterior. Se trataba de una de esas pensiones de mala muerte que tanto proliferan cerca del espaciopuerto, sin aislantes acústicos y con los moduladores térmicos me-

dio estropeados. El calor era sofocante, sin duda producido por algún motor atómico ilegal. Le enseñé al conserje el holofoto en cuestión. Con la ayuda de quinientos créditos se acordó del fulano y me facilitó el número de su habitación.

El elevador hidráulico no funcionaba, así que subí por una escalera llena de mugre y orín. Para ser un tipo con tanta pasta, Sánchez me estaba resultando un tanto tacaño. Jadeando a pesar de la tenue gravedad lunar alcancé la puerta indicada; entonces, utilizando mi gonzúa eléctrica, logré abrir la vieja cerradura sin dificultad. Tras cerciorarme de que nadie espía por el pasillo, penetré en el interior cerrando a mis espaldas.

La estancia estaba tan oscura como el retrete de un bar. Encendí la luz, aunque no gané mucho con la raquítica halógena que pendía del techo. Inspeccioné el lugar con ojo crítico; la cama estaba deshecha y sobre ella descansaba una maleta en un prolongado bostezo. Diseminada por doquier podía verse ropa interior sucia, camisas arrugadas y un descolorido traje lunar. Frente a mí se dibujaba el quicio de una puerta ennegrecida por la acumulación de roña. Me acerqué al batiente y lo empujé con el pie.

El señor Sánchez, Álvaro para los amigos, yacía en la sucia bañera. No se enfadó al verme, estaba más muerto que mi abuela. Lucía un grotesco pijama de sinte-seda en cuyo pecho podía leerse la palabra "*Infinito*". A la altura del corazón alguien había creído oportuno abrir un boquete, por el cual emanaba generosa la sangre. Tuve cuidado de no pisar el coágulo formado en el suelo y cerré de nuevo.

¿Qué se suponía que debía hacer yo? Era el primer cadáver con el que me topaba en la Luna, pero no sería una buena idea querer enmarcarlo. Así que lo dejé donde estaba y me largué con el viento fresco. Antes, eso sí, realicé un pequeño registro. Decepcionado, enseguida comprendí que los cinco millones no estaban a mi alcance. No obstante, me llevé una pequeña agenda que encontré en un bolsillo del traje lunar, limpié de huellas dactilares los lomos de las puertas y bajé por donde había subido.

El conserje no se inmutó cuando le pregunté si

Sánchez había tenido alguna visita anterior. Quienientos créditos más tarde recordó a una mujer, aunque no había podido ver su rostro. ¿Alguien más? Un encogimiento de hombros. La gente entraba y salía a todas horas, nadie parecía tener motivos para quedarse demasiado tiempo en aquel tugurio.

Una vez fuera inspeccioné mi botín. Fue fácil eludir el código de acceso de la agenda y obtuve una lista de direcciones. El tal Sánchez era muy metódico; allí figuraba apuntada la presente dirección, así como la anterior. También estaba su propio domicilio en la Tierra, el de su madre y algunos otros por el estilo. Pero una reseña en especial llamó mi atención. Estaba remarcada en grandes letras rojas, con pequeños corazones que subrayaban el nombre. Decía: ROSITA. “La fulana”, pensé, buscando algún nuevo dato sobre ella. Sorprendido, volví a encontrar la dirección de los apartamentos que Sánchez había abandonado hacía poco, aunque con un número diferente de habitación. ¿Coincidencia? ¡Y un cuerno! Me fui directo para allá.

El jefe de porteros humano se mostró de lo más reticente cuando intenté pasar, insistiendo en su deber de avisar a “la señorita López”. Mil créditos volaron para hacerle comprender que yo era un primo de Colonia Marte y que iba a darle una sorpresa. Aquello le ablandó el corazón un tanto y me dejó vía libre.

Bajé al séptimo piso de aquel lujoso subterráneo en un ascensor más grande que mi propia oficina. Mentalmente fui preparando la escena. Si la tal Rosita era la querida de Sánchez, tal vez supiera dónde estaban ocultos los cinco millones de créditos. Aquello podía compensar el dispendio que yo estaba efectuando durante toda la noche.

Apreté el timbre de la puerta y pude percibir una nota de lo más musical. Tras unos cortos segundos el panel se descorrió con suavidad y apareció ante mí una rubia despampanante, ojos lánguidos y curvas deliciosas. ¡Caramba con Sánchez! La chorva me sonrió de una forma un tanto imprecisa y me preguntó qué se me ofrecía. Se lo demostré en el acto. La empujé sin contemplaciones hacia el interior y me colé detrás de ella, cerrando a mis espaldas. Mostré en la mano derecha mi querida quitapenas, una potente pistola láser de 9 milímetros que había

adquirido de forma no muy legal. Con ella el mundo y la Luna me parecían más seguros.

Hice avanzar a la muñeca por un corto pasillo hasta que ambos desembocamos en una sala decorada con muebles del Siglo XX. Allí nos aguardaba un hombre diminuto de enorme cabeza, sentado con toda pulcritud en una butaca acolchada. El tipo no se inmutó cuando hice mi aparición y casi dejó escapar un bostezo de aburrimiento al apuntarle yo con mi arma.

—¿Viene solo? —preguntó con dulzura.

—Sí —gruñó una voz a mis espaldas.

Antes de que tuviera tiempo a rehacerme de la sorpresa, mi cerebro pareció estallar en mil pedazos. El suelo se elevó hasta abofetearme la cara y sentí la presión de un par de manzanas recorrer todo mi cuerpo, estrujándome los huesos sin consideración alguna. Luego fui alzado sin demasiada delicadeza y arrojado sobre la butaca que había estado ocupando el enano cabezón.

Éste se hallaba ahora ante mí, mirándome sonriente desde su diminuta estatura. A su lado había un gigante de más de dos metros, espaldas enormes y expresión bovina. En una de sus manos descansaba mi pistola láser, ridículamente pequeña, apuntándome directo al corazón. Gemí; aquello no podía pasarme a mí.

—Le has atizado demasiado fuerte —comentó crítico el pequeño. El gigante se limitó a gruñir desaprobador, como indicando que ya tendría ocasión de comprobar lo fuerte que podía llegar a atizarme.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté haciéndome el sueco —¿A qué viene esto?

El hombrecillo me observó en silencio y yo hice lo mismo con ellos. Se trataba de un par de matones de baja estofa, mutantes afectados por las radiaciones de las zonas contaminadas, los cuales malvivían alquilando sus servicios al mejor postor. Aquellos dos eran el cerebro y los músculos, una pareja digna del Gordo y el Flaco. Me pregunté qué demonios pintaban en aquel barullo. ¿Habrían sido ellos los que se cargaron al finado Sánchez? Observé a la rubia; estaba sentada en otro sillón, callada y pálida como una muerta. No parecía muy entusiasmada con sus visitantes. Un tanto a su favor.

—Así que detective —murmuró el enano ojeando

mis documentos-. ¿Quién te paga por entrar así a los apartamentos?

-Soy el ayudante lunar de Papá Noel.

El gorila hipertrofiado no tenía sentido del humor. Me atizó un papirotazo que me lanzó contra el suelo. En el acto me alzó de nuevo y me atornilló al asiento. Se me nubló la visión mientras un montón de estrellitas danzaba entorno mío. De nuevo fui víctima de un cacheo y maldije mi perra suerte cuando se apoderaron de la agenda y la holofoto del muerto. El enano silbó por lo bajo y trasteó el aparato, leyendo con facilidad su contenido. Entonces cuchicheó algo al oído del gigante; éste no parecía muy conforme pero acabó asintiendo.

-Voy a salir un rato -me informó Medio-metro-, no tardaré demasiado. Mientras tanto, te dejo en la agradable compañía de Mani. Procura no irritarle, pues acostumbra a ser algo violento.

El gorila lanzó un gruñido como prueba de su irritabilidad y clavó sobre mí un par de ojos nada tranquilizadores. Su compañero desapareció con presteza, llevándose su estúpida sonrisa con él. Ya era algo. Los demás oímos el panel de la puerta al deslizarse y nos quedamos callados como peces.

El gigantón tomó asiento entre nosotros, haciendo protestar con estrépito la silla de símil madera que tenía bajo él. Resultaba evidente que aquel mastodonte se proponía montar guardia con toda cautela. Yo repasé la situación en mi mente. Estaba metido en un buen embrollo. Si aquella montaña humana no se decidía a hacer picadillo mi humilde persona iba a ser todo un milagro. La rubita permanecía sentada sin decir esta boca es mía, retrocediendo nerviosa sus manos. Entonces decidí jugarle el tipo. Tal vez yo pudiera sorprender a aquel gorila antes de que volviera su amigo y ambos decidieran jugarle conmigo.

-¿Puedo fumar? -me arriesgué a decir al cabo de un rato.

La pistola me apuntó con más firmeza, insinuándome que no podía. Me encogí de hombros y guardé silencio. Sentía la garganta seca y tenía la espalda empapada en sudor. No osaba moverme; leía bien claro en los ojos de aquel degenerado que estaba deseando abrasarme el pecho. Los mutantes son así, te cogen manía sin la menor explicación y te ha-

cen picadillo en un decir amén.

Mis ojos, despejados por completo, buscaban con frenesí algo que pudiera servirme no sabía bien para qué. La sala estaba decorada con una falsa chimenea; yo esperaba que su atizador no fuera falso también, pero parecía estar tan lejos como la otra cara de la Luna.

-¿Qué clase de nombre es ése de Mani? -inquirí dispuesto a jugarle el todo por el todo-. Parece nombre de mujer. Dime, Mani, ¿eres homosexual?

Un siniestro rechinar de dientes me contestó. Los mutantes acostumbran a ser impotentes y no toleran ninguna broma al respecto. El hombretón se olvidó de la pistola láser y de todo lo demás, excepto de mi humilde persona. Yo podía leer en su semblante que sólo pensaba en triturarme, convertirme en una pulpa sanguinolenta.

A pesar de que le aseté un golpe con todas mis fuerzas, el fulano se giró hacia mí y me estrujó el cuello con una garra. Entonces sentí que me ahogaba y lo vi todo negro. A la desesperada, comencé a tirar a ciegas. A veces me parecía topar con algo duro como una roca, otras no había nada; pero yo seguí golpeando con saña.

Fueron unos angustiosos segundos en los que yo iba perdiendo de forma paulatina el conocimiento, sintiéndome congestionado y con los pulmones faltos de aire. Estaba ya a punto de darme por vencido cuando noté que la presión en torno a mi garganta cedía algo. Luego ambos caímos pesadamente al suelo. Creo que entonces me desmayé.

Volví a recuperar el conocimiento contemplado el techo. Sobre mi pecho yacía la mole del jovial Mani, chorreando sangre sobre mi traje lunar. A duras penas conseguí quitármelo de encima; estaba K.O. pero todavía respiraba, el tío. También una enorme herida en la cabeza y un hilillo de sangre brotaba de su pecho a causa del disparo. Pero el muy capullo se negaba a morir.

Me levanté como pude y, dando tumbos, me encaminé al lavabo. Allí pude refrescarme el cuello, observando los destrozos en un espejo. Mi cara estaba por completo amoratada y en la garganta eran visibles las marcas de unos dedos monstruosos. Empapé una toalla en el agua y me envolví la parte dolorida. Sentía arder mi gástrico y no conseguí tra-

gar ni un solo sorbo. Traté de lavar mi pechera, empapada en sangre, hasta que me di por vencido y regresé a la sala.

Esta vez mi atención se dirigió hacia la rubia. Continuaba en el suelo sin sentido. La trasladé al sillón y procedí a mojar sus sienes para reanimarla. Al cabo de un minuto dio signos de recuperar el sentido y abrió un ojo. El otro no pudo, pues lo tenía inflamado por el tortazo del gigante.

¿Cómo te encuentras? –pregunté con voz ronca.

–Bien –me mintió con un estremecimiento-. ¿Le... le he matado?

–A ese mutante no se le mata quemándole las tripas. He tenido que ponerlo a dormir –expliqué, señalando al caído.

Ella lo miró con aprensión. La agité un poco, pues había llegado el momento de aclarar ciertas cosas. Hipando, la rubia me confesó que era secretaria de la TransWorld y que tenía montado un rollo con el bueno de Sánchez.

–La empresa no sólo se dedica a negocios legales –me confesó-, aprovecha la cobertura de sus filiales para distribuir nanotecnología ilegal a todo aquél que pague bien. En aquella bóveda acorazada se guardaba el código genético de un nuevo y potente virus tecno-orgánico, algo de un valor incalculable. Yo lo sabía y se lo conté a Álvaro, quien se volvió loco. Él pensó que con aquello en su poder obtendríamos una fortuna que nos permitiría ir a cualquier parte. Me obligó a ayudarlo, facilitándole el acceso a la bóveda, y planeamos juntos la fuga. Yo debía quedarme en la empresa, cubriendo sus pasos y reuniéndome con él en la Luna cuando no hubiera peligro. Pero la TransWorld no iba a permitir que le sustrajeran el código genético; semejante fórmula puede valer billones en el mercado negro.

Excitado, me pasé una mano por la frente. El asunto estaba tomando un cariz insospechado. ¡Vaya con el bueno de Sánchez!

¿Y el par de mutantes? –inquirí intuyendo la respuesta.

Trabajan para la TransWorld. Tienen que encontrar a Álvaro antes que la policía y recuperar el código del virus, matándole si es necesario. No sé cómo, pero lograron descubrir mi implicación en el robo y me obligaron a confesar nuestra cita en la

Luna. Sin embargo, yo fui más lista que ellos y, antes de abandonar la Tierra, logré enviar un mensaje a Álvaro, advirtiéndole del peligro. Cuando hoy llegamos aquí, él ya no estaba.

¿Y no sabes dónde se ocultaba Sánchez?

–Juro que no! –gimió ella-. Álvaro sólo me dejó un videomensaje. Se había arrepentido de todo el asunto, decía que era una locura y que estaba desesperado. Lloraba como un niño y prometía que iba a volver al lado de su esposa, aunque tuviera que entregarse a la policía y confesarlo todo.

La miré con curiosidad. ¿Podía yo creerla? Lo que me explicaba entraba dentro de lo posible, al menos si Sánchez tenía el carácter que yo me había imaginado. El valor debió abandonarle enseguida al comprender las implicaciones de lo que había hecho. Cuatro semanas alejado de su amante le habían serenado. Escondido en un agujero, el pobre tipo envió un mensaje reconciliador a su esposa, deseando regresar al hogar con sus peces. Pero antes alguien le mató. ¿Quién? Tal vez su despechada amante, deseosa de quedarse con todo el botín, tal vez el par de mutantes siniestros, recuperando el código robado...

Mi razonamiento quedó interrumpido al captar un sonido suave. Era el panel de entrada alguien lo había abierto. Medio-metro volvía al hogar.

Sujeté a la chica por una muñeca y la coloqué a mi lado. Empuñé con fuerza mi arma, apuntando hacia el umbral del pasillo. El ruido de unos pasos llegó hasta nosotros. Noté cómo mi acompañante se ponía rígida, mientras mi mano sudaba y la pistola temblaba en ella. Me humedecí los labios con la lengua sintiendo el corazón latir más acelerado. De repente, los pasos se detuvieron. Medio-metro recelaba. Los malditos mutantes son muy receptivos y huelen el peligro como si fueran ratas. Esperamos en silencio, notando cómo iba aumentando la tensión.

Y entonces se desencadenó el infierno. Una pequeña figura pasó veloz, rodando por el suelo, mientras varios haces de luz mortífera brotaban hacia nosotros. Algo me chamuscó un mechón del pelo y, de forma instintiva, me agaché. Pero la rubia se puso histérica y avanzó hacia delante, cubriéndome de forma involuntaria con su cuerpo. Un nuevo



destello, dirigido hacia mí, se topó con ella. A través del brazo por el que la sujetaba sentí el estremecimiento que la convulsionó, mientras un extraño olor a carne quemada hería mi olfato. Ella cayó como un fardo ante mí, quedando inmóvil por completo. Un líquido pardusco comenzó a brotar bajo su cuerpo, extendiéndose por toda la alfombra.

Aturdido y asustado, apreté el dedo del gatillo, vaciando la batería del arma en dirección a la mesa donde me había parecido se ocultaba mi enemigo. Cuando el metal incandescente de la pistola me quemó la mano, haciéndomela abrir por el dolor, me quedé de pie, desprovisto de movilidad. Mis ojos estaban fijos en el cadáver de la rubia, incapaces de mirar nada más. Una sensación de vacío se había apoderado de mi mente.

Por fin, haciendo un esfuerzo, me serené y pasé por encima del cuerpo de ella. Me acerqué hasta la agujereada mesa y miré hacia el otro lado. El enano también estaba muerto. Uno de mis disparos le había alcanzado de forma fortuita en la cabeza, abriéndosela como una sandía. Aparté la vista con repugnancia, sintiendo que me acometían ganas de vomitar. Unos sollozos entrecortados, provenientes del pasillo, me devolvieron a la realidad.

- Ya puede pasar, señora Sánchez -dije con un hilo de voz-, el festival ha concluido.

La mujer entró con paso inseguro. Vestía un traje lunar varias tallas más grande, sin duda alquilado a toda prisa, y llevaba un bolso de viaje colgando de un brazo. Me miró indecisa y se sentó al borde de una silla, teniendo la precaución de no dirigir la mirada hacia los cuerpos que adornaban el suelo.

- Me temo que habrá de avisar a la policía -comenté, limpiándome el sudor con un pañuelo-. Déjeme su bolso, por favor.

Antes de que ella pudiera reaccionar, se lo quité. Abrí su cierre hermético y examiné el contenido. Había algo no muy habitual, se trataba de una llamante pistola láser de cañón cromado.

- Con esto mató usted a su marido -afirmé más que pregunté-. Él debió de ponerse en contacto con usted, tal vez a través del móvil, citándola en su habitación. Si sus asesinos hubieran sido los mutantes, no estarían todavía buscándole, y si hubiera sido la chica, el botín se encontraría aquí. Así que

solamente queda usted. Lo mató a sangre fría, mientras él se alegraba de volver a verla. Lo que no entiendo es por qué lo hizo.

Ella se llevó las manos a la cara y sollozó.

- Me llamó al móvil, contento al saber que yo estaba en la Luna -confesó en voz baja-. Me dijo que estaba en peligro, yo tenía que comprarle una pistola y llevársela enseguida. Acudí rápida a la dirección que me dio; me recibió en pijama, acababa de bañarse y sonreía feliz. ¡Dios mío! Hace semanas que no duermo corroída por la angustia; mis hijos tienen los ojos irritados de tanto llorar y él había tomado un baño como si tal cosa. No sé lo que me pasó, pero al verle allí tan tranquilo y sonriente, sentí que me invadía un profundo rencor... -tembló y me miró angustiada-. Toda la vida me he sacrificado por él y lo único que he recibido a cambio han sido penalidades. Nunca le hemos importado ni mis hijos ni yo. Tan sólo deseaba a alguien que le hiciera la comida y le calentara la cama. No sé bien por qué, pero entonces me pareció que tenía que liberarme de él, arrancarle para siempre de mi vida.

- ¿Y qué hizo con el dinero y los otros papeles? -inquirí con excitación.

- Lo tiré todo por el inodoro -fue la extraordinaria respuesta.

Me quedé sorprendido contemplándola horrorizado. ¿Se había vuelto loca? Comprendo que, en un arranque de furor, se pueda matar al marido, pero lanzar por el retrete cinco millones de créditos y un código genético que vale una fortuna, eso ya resulta demasiado. Pensar que la posibilidad de ser millonario estaría flotando por el espacio, dentro de una bolsa aséptica y rodeada de detritus, ¡maldición! Aquella mujer estaba loca, no había la menor duda.

Ella se desentendió de mí, clavó su mirada en la alfombra y su mente vagó quién sabe a dónde.

- Toda una vida... -murmuró para sí misma-. Sacrificar toda una vida... Es el crimen más grande del mundo.

Suspiré con resignación. Cogí el videofono y pedí el número de la policía.



# TALLER LITERARIO

## Juvenil



Pide información  
al teléfono  
01 87 133488  
o a través de internet  
con el  
coordinador del taller,  
Guillermo Lavín:  
[guillermolavin@hotmail.com](mailto:guillermolavin@hotmail.com)

Si quieres aprender a  
escribir cuentos, poesía,  
novelas, ensayos y  
crónicas.

Y si tienes de 14 a 20  
años de edad,  
ven a la

Casa de Cultura  
de Nuevo Laredo.

Nos vemos el último  
sábado de cada mes  
a las 10:00.



## **Camino abierto al futuro**



**Maternal,  
kinder,  
preescolar.  
Inglés, Computación.  
Fomento a la lectura ,  
música y teatro.  
Personal especializado.  
Departamentos médico  
y de Sicología.  
Desayuno y comida.  
Servicio de 7.30 A 15:30 horas.**



**Instituto de  
Educación Infantil  
IMAGINA**

**18 Hidalgo y Juárez #157 Tel. 2-51-87**

🍷 Libia Brenda vive en Puebla. Ha publicado cuentos en revistas y fanzines como *SUB*, *Umbrales*, *La langosta se ha posado*, *Fractal*, *Azoth* y en una edición especial de *Cuentos Compactos de Rock*. Actualmente escribe una novela con una beca del Fondo para la Cultura y las Artes de Puebla.

## Sobre la transformación del profeta

por Libia Brenda Castro

México

*(Historia de un Infomercial)*



ahora estamos aquí para conocer la historia más increíble de que ha tenido noticia el mundo de la publicidad mística, (*dice el conductor de cabello envaselinado y sonrisa deslumbrante sin un sólo diente chueco, al teleauditorio de las seis de la tarde*); estamos aquí para que ustedes, amables televidentes, sepan cuál es el real y verdadero origen de la singular vida que lleva

nuestro invitado de hoy ...

¡Señoras y señores, con ustedes Gamo, el Graaaan Maestro Mojaaadoooo!... (*Se escuchan aplausos y entra en el escenario una enorme figura cuadrada, después la luz desaparece del escenario y la escena se desvanece para dar inicio a una pequeña filmación en sepia, con una voz en off que relata la vida del invitado*)

Gamo pesaba setenta y cinco kilos y medía 1.65

Lo cual quería decir que estaba más pesado de lo debido. Gamo empezó a tomar agua como poseso. «Es excelente para perder kilos», le decían, «toma muchísima agua». Y les hizo caso. (*Aquí se advierte una figura masculina bebiendo grandes cantidades de agua; todo en sepia, muy bonito*)

Primero bebía dos litros diarios y orinaba como ocho veces, la panza se le infló y se puso tirante como piel de tambor, la digestión le hacía muy, muy

rápido y hasta el hambre se le fue de tanta agua. A las dos semanas ya tomaba cuatro litros al día. «Qué bueno Gamo; además acuérdate que estamos constituidos en un 75% de agua. Ya verás como pronto bajas de peso».

Al principio le costó imaginarse todo de agua, incluso en sus tres cuartas partes, luego pensó que si tomaba sólo líquidos puros y puros líquidos, terminaría por volverse de agua él también, al 100%.

Y siguió, toma y toma agua.

*(Continúan las escenas de la figura ingiriendo agua)*

En seis meses Gamo ya no pesaba los setenta y cinco, en realidad estaba escuálido. Ahora pesaba cuarenta y cinco y se sentía «como pez en el agua». De todas formas no cesó de beber y beber.

Ahora los líquidos eran su obsesión. La cantidad ascendía ya a diez litros diarios, aparte de los jugos, extractos y licuados de frutas. Verduras y sustancias aguadas alimenticias eran ahora el único componente de su dieta. «Sólo líquidos de alto valor nutricional, de ahora en adelante ése será mi alimento -pensaba entre vaso y vaso- es mucho mejor».

Y así.

*(Aquí la voz en off comienza a imprimir tonalidades dramáticas a la narración, que continúa en sepia)*

Gamo comenzó a sentir -al principio paulatinamente-, cómo el líquido iba invadiendo todo su ser, su entorno. Primero fue la cama, la sustituyó por la tina de baño, la llenaba todas las noches con agua templada, luego se sumergía, sintiéndose flotar levemente en el pequeño recipiente. *(Escena de un sujeto flotando plácidamente en una tina percutida y con las patas de bronce)*. Durante el día era cuando lo pasaba menos bien, debido a su exposición al aire libre, teniéndose que conformar con ingerir agua y mojarse la cara y las manos cada vez que se le presentaba la oportunidad.

Convenció a su papá de comprar una casa con alberca, porque la natación es un excelente ejercicio y con alberca uno se mantiene permanentemente mojado -siempre y cuando no se salga de la alberca.

«Estar de acuático tiene sus ventajas», así pensaba Gamo, pues mamá ya no tenía que comprarle comida y suspendió la confección de empanadillas de carne, que eran sus favoritas en tiempos de solidez alimenticia.

*(Escena de una señora feliz mirando hacia el patio y luego hacia el horno vacío con ternura)*

Tampoco de la ropa había que preocuparse, a lo sumo una trusa de playa, por aquello de las visitas que se hubieran ofendido si se las recibía en cueros y todo mojado. Cosas de la moral y las buenas costumbres.

---

**Gamo comenzó a sentir -al principio paulatinamente-, cómo el líquido iba invadiendo todo su ser, su entorno. Primero fue la cama, la sustituyó por la tina de baño, la llenaba todas las noches con agua templada, luego se sumergía, sintiéndose flotar levemente en el pequeño recipiente.**

Gamo felicísimo.

La última medida fue construir un enorme tinaco de cristal, para ponerlo en el jardín de atrás, con una parte de sol y otra de sombra, para que la alberca pudieran usarla los familiares (*y luego los discípulos del Maestro Gamo*). El tinaco es relleno cada día, con agua que contiene las debidas dosis de nutrientes que necesita en su nueva condición y le hacen la limpieza cada semana.

*(Aquí se ve a un individuo, el que representa a Gamo, en trusa de playa en actitud pudorosa y dentro de un tinaco de cristal lleno de agua)*

No vaya a ser que algún virus acuático de por tierra con todo.

Y esta es más o menos la historia de su vida, al menos de su vida húmeda. Ahora, a nuestro personaje se le ha ocurrido una nueva manera de abordar la existencia humana, una nueva teoría mística para estar en paz con todos los seres del universo, la *Filosofía Acuática*.

*(El filme termina y nuevamente da paso al programa que se desarrolla en vivo; se escuchan aplausos y hay un paneo de la cámara al público que palmea entusiasmado)*

La *FilAc*, es una doctrina creada por el mismo Gamo, (*continúa el conductor*), en la que el concepto principal afirma que la sustancia más noble es el agua; y el verdadero misticismo y retiro espiritual consisten en volverse acuático de todo a todo. (*Aplausos y una toma al sujeto del tinaco que se revuelve un poco en el agua y sonríe a la cámara*). Al poco tiempo de iniciarse en dichas meditaciones ha enviado sus tratados, los cuales dictaba a una horda de secretarías con el cabello teñido y minifaldas muy cortas que saben taquigrafía y mecanografía (*el conductor ríe*), ensayos y ponencias a los directores editoriales, pidiendo que publicaran éstos en forma de libro lo antes posible, para que la humanidad, siguiendo su ejemplo, comience a tomar agua y acabe en un gran tinaco de cristal. (*El conductor toma un vaso con agua que le entrega una edecán y lo vacía apresuradamente, después vuelve a reírse*)

Como se darán cuenta, esta es una de las teorías más libres y más fácilmente aceptables, aún los discípulos de más reciente ingreso, hablan del maestro como de cualquier compañero de escuela, llaman-

dolo simplemente *Gamo* y cualquiera puede dar a conocer su biografía, en su propio lenguaje y sin rebuscamientos de ningún tipo, para que el mundo sepa cuál fue el origen de las ideas del Gran Maestro Mojado.

Ahora por fin, cansado de dictar sus brillantes y novedosas ideas a sus secretarías, quienes sólo las interpretan de manera errónea, sin entender la grandeza y profundidad que encierran, el Maestro ha decidido pedirle a la *Little Pear Enterprises*, que le diseñen un bonito procesador subacuático, para poder transcribir directamente su doctrina; lo cual, por otro lado, ayudará enormemente a su inspiración, dada la facilidad que esto representa. (*Entra un anuncio de la empresa patrocinadora, que dura como cinco minutos seguidos, promocionando un procesador de palabras subacuático*). Los editores, a pesar de todo, fascinados por esta novedosa y atractiva filosofía, ya se arrebatan los derechos de publicación, sabiendo de antemano que todo esto les dejará enormísimas ganancias, por lo que el Maestro ha prometido darse prisa y mandar sus originales a todos los países. De esta manera el mundo entero conocerá la Verdad y encontrará la senda de la Luz Mojada, como hemos hecho nosotros aquí, esta misma noche.

Gracias por su atención amable auditorio. Y recuerden: ¡tomen mucha, muchísima agua! (*La escena se oscurece y aparecen los créditos del programa*).



# PROGRAMA CULTURAL TIERRA ADENTRO

Un espacio para el acontecer cultural de las diversas regiones del país



## REVISTA TIERRA ADENTRO



Publicación bimestral con 25 años de existencia, en la que, a través de números monográficos, se abordan diversos temas culturales: literatura, música, danza, teatro, arquitectura, historia regional, cultura y artes populares y patrimonio cultural, además de dedicar tres secciones en color a las artes visuales y ser un medio para la difusión de los creadores jóvenes de los estados de la República.

### *Números recientes*

Artes conceptuales ▼ El libro  
y la lectura ▼ Nueva narrativa



De venta en Libros y Arte,  
Sanborns, Vips, Gandhi y otras  
librerías de prestigio.

En Internet: [www.conaculta.gob.mx](http://www.conaculta.gob.mx)  
e-mail: [beatrizp@conaculta.gob.mx](mailto:beatrizp@conaculta.gob.mx)

## Fondo Editorial

Está destinado a la publicación de libros individuales, antológicos y colectivos en los diversos géneros, de jóvenes autores del interior del país, para de este modo, dar a conocer nuevas voces y estimular la creación literaria acercándola al público lector de México.

*215 títulos de*  
Cuento ▼ Ensayo ▼ Novela  
Poesía ▼ Teatro



## PROGRAMA DE RADIO

Coproducido con Radio Educación, este programa pretende poner al alcance de un mayor número de personas la labor artística de los jóvenes creadores, así como el quehacer cultural que se genera en las diversas regiones del país.

*Escúchelo por*  
Radio Educación, 1060 AM  
Lunes 18:00 hrs.



**CONACULTA**  
TIERRA ADENTRO

🍷 Marco nació en Perú. Desde hace algunos años radica en Suecia. Ha publicado el libro *Una noche de otoño y otros relatos* y ya busca editor para su segundo volumen también dedicado a la narrativa.

## La caminata

por Marco Minguillo Brehaut  
Perú-Suecia

---



on las diez con cuarenticinco minutos y todavía estoy metido en el *Tunnelbana*. Se siente calor aquí dentro. Una mujer de cabello blanco está sentada a mi costado derecho y lleva sobre sus robustas piernas, cubiertas con un vestido de seda negra, a su engreída perra. Veo que desliza sus arrugadas y palidas manos sobre el dorso peludo, negro y ensortijado de Teddy.

Bueno eso fué lo que le escuché decir cuando se abrieron las puertas en *Midso m arkransen* e ingresó con su engreída, hace ya algunas estaciones atrás, y antes de que el hombre con ojos rojizos y aliento a aguardiente pasara pidiendo algunas monedas para poderse duchar en algún baño público, de la estación central.

Frente a mí hay una joven de tez blanca, sus cabellos dorados se desprenden y caen desordenados, besando sus curvos hombros. La contemplo a través del vidrio de la ventana, estamos pasando por un túnel, largo y oscuro, parece interminable. Su reflejo se

ve como un ardiente sol emergiendo de la oscuridad. Está leyendo "*Metro*", ese periódico que se distribuye gratuitamente en todas las estaciones de Estocolmo.

Al lado de ella está un hombre, quien contempla con devoción al cuadrúpedo, y enrumba las palabras hacia su dueña. Pequeñas gotas de sudor emergen timoratas y se deslizan por una superficie curva, lisa, carente de pelos y caen en estampida por unas cejas pobladas y amarillentas. El tema de conversación entre ambos gira sobre los juegos, hábitos, gustos, alimentos, paseos y travesuras de Teddy, sí de Teddy.

-¡*Slussen!*!, se cuela una voz pausada que multiplica



su intensidad por entre los huequillos de los pequeños parlantes, instalados en el techo del vagón azulado.

Me despido con una mirada hambrienta sobre esa rubia tentación, pido permiso a Teddy y a su dueña, y salgo disparado hacia la puerta, escabullendome entre cuerpos sudorosos.

Brinco hacia la escalera y subo a través de peldaños ennegrecidos, hasta llegar a la superficie. Luego camino algunos metros, y cuando estoy cerca de una inmensa lámina de vidrio con marcos de metal plateado, ésta se abre automáticamente en dos hojas, hacia los lados.

Dejo la moderna construcción y veo a gente regada sobre un pequeño parque. Hay también vendedores de flores y libros, mucha gente entra y sale de la estación. El cielo muestra un sol nórdico que se afana después de varios meses de ausencia. Las gaviotas chillan, planean y circundan los botes anclados en el puerto.

Me dirijo hacia las gradas de madera vieja, que se encaraman y meten por entre rocas mohosas y las cuales me conducen hacia las alturas, a mi encuentro con el laberinto de la historia.

Estoy volviendo a "*Vita Bergen*" (La montaña blanca) después de dos días en que junto con otros compañeros de la Universidad, hicimos una caminata por estos lares, siguiendo los pasos del escritor sueco Per Anders Fogelström.

En este lugar, hace mucho tiempo, vivieron pescadores, estibadores, zapateros, panaderos y obreros de la naciente industria. Tomaron la montaña, y allí construyeron sus precarias viviendas, carentes de luz y agua, sin calefacción, soportando así los prolongados y duros inviernos. Las contemplo, estan hechas de madera con olor a mar. Rojas y con techos a dos aguas, regadas en la montaña, como cabalgándola, bravías, resistiendo la voracidad de los años.

El camino hacia aquí tiene tramos encementados y en otros, solo hay tierra y piedras. Siento que el viento lame mi espalda y trae el canto melódico de los pájaros.

Los rayos del gran Inti latiguan mi rostro, mi cabeza, mi cuerpo, transpiro.

Ahora meto la nariz entre un cerco de madera, alegres flores resplandecen entre largas y abundantes matas de gras.

*-Aquí vivió un zapatero con sus hijos y su mujer*, está escrito en una placa con letras de imprenta y descansa sobre una lámina plástica. Eso también lo dijo el guía, en la caminata de anteayer.

Pareciera como si ahora el viento trajera voces e imágenes, están todavía un tanto confusas. Conforme pasan los segundos la nubosidad va tomando color y forma. Y mis ojos, como dos faroles encendidos en la penumbra de la noche, brillan, brillan...

Recuerdo ese lunes por la mañana, cuando estábamos formando filas en el patio de la escuela pública en donde estudié. Cientos de escolares cantábamos desentonadamente una canción cuya letra hablaba de libertad e igualdad, y de héroes con vidas intrascendentes, las cuales nos obligaban a repetirlas de memoria, sin reflexionar.

El auxiliar responsable de la disciplina de la escuela se apellidaba Aban-

---

**Tomaron la  
montaña, y allí  
construyeron sus  
precarias viviendas,  
carentes de luz y  
agua, sin  
calefacción,  
soportando así los  
prolongados y duros  
inviernos. Las  
contemplo, estan  
hechas de madera  
con olor a mar.  
Rojas y con techos a  
dos aguas, regadas  
en la montaña,  
como cabalgándola,  
bravías, resistiendo  
la voracidad de los  
años.**

to, era un viejo militar retirado, quien parecía que no encontraba diferencia alguna entre cuartel y escuela.

Formando filas nos dirigíamos a las aulas, instaladas como vigías, alrededor del amplio y empolvado patio. Se escuchaban solamente nuestras pisadas infantiles retumbando la vieja escuela.

Todavía el maestro nos estaba martirizando con esa clase de matemáticas, aburrida, llena de números y de cifras, materia del que yo era uno de los peores, cuando pedí permiso para ir al baño.

Salí del aula, en mi cabeza relampagueaban los símbolos de multiplicar y dividir, pero las ganas de orinar me hicieron correr.

Luego, ya mas calmado, y con deseos de pasar el tiempo hasta que culmine la hora de los números, opté por ir a fisgonear las otras aulas en donde estaban mis amigos del barrio. Lo tenía que hacer con mucho cuidado, evitando ser visto por los maestros y en especial por el auxiliar Abanto, de quien nosotros nos burlábamos pero cuando no estaba él, recuerdo que le decíamos "Abanto, Abanto ya no te aguantó", porque estábamos cansados de su exacerbado afán por la disciplina.

Estaba llegando al tercero "B", el aula en donde estudiaban mis amigos Victor, Guillermo y Richard. En eso, mis ojos se desviaron y dirigieron hacia el centro del patio, atraídos por una extraña fuerza. Vi a un estudiante que tenía los brazos abiertos, estaba arrodillado en ese piso, mezcla de cemento y polvo.

El cielo estaba limpio y un sol furioso hacía arder al pedregoso cerro, en cuyas faldas estaba ubicada la escuela. A zancadas llegué y vi más de cerca a un muchacho que tendría mi misma edad. Tenía el rostro ovalado, del cual se erigían dos pómulos desafiantes y con la piel quemada por el frío de temperaturas inexistentes en esa zona.

Tenía los ojos cerrados y por su rostro caían gotas gruesas de sudor. Sus labios delgados estaban secos, cuarteados.

*-Amigo, amigo, le susurré al oído.*

Parecía que no me escuchaba, continuaba en la misma posición. Insistí dos veces más, hasta que sus cortas y exiguas pestañas se abrieron. Vi dos pupilas tristes que reflejaban mi rostro indagador.

*-¿Por qué estás aquí, arro dillado?*

Con pronunciación de quechuahablante me contestó:

*-Es que el auxiliar Abanto me a castigado.*

*-¿Y por qué?, insistí.*

*-Es que he venido con mis ayanques y don Abanto dice que no se puede venir así a la escuela.*

Miré hacia sus pies y ví que llevaba unas sandalias artesanales, hechas de jebe negro, por entre las cuales sobresalían unos tobillos callosos.

*-Amigo, ¿cómo te llamas?, le pregunté.*

*-Eleuterio.*

*-¿Y desde cuándo estás aquí?*

Entrecerrando sus ojillos, afligidos por el sol y el cansancio, respondió:

*-Después de la formación me separó del resto y me dijo que estuviera aquí hasta que él viniera... Ya no siento mis rodillas y me duele la cabeza y los brazos...*

*-Pero, ¿por qué has venido con ayanques a la escuela?*

Mostrando un rostro desconsolado me dijo:

*-Es lo único que tengo, es que... no tenemos plata para comprar zapatos...*

Con el transcurrir de las semanas Eleuterio y yo resultamos amigos. Él había llegado con su familia de Puno. Allí, Eleuterio, sus padres y hermanos laboraban las tierras de un viejo gamonal quien tenía un hijo parlamentario. Habían dejado su pueblo, curtido de miseria, cifrando sus esperanzas en el trabajo como guardían de la escuela, que su padre había recibido por parte de su tío Isidoro, quien laboraba vendiendo emoliente en las calles de Lima.

En la parte trasera de los baños, había una casucha construida con parantes de madera, revestida con cartones y plásticos, era la morada de Eleuterio. En un rincón tenían sembrado algunas matas de ají, tomate y maíz. A veces veía a Hortencia, la hermanita menor de Eleuterio, quien espantaba con una rama de eucalipto a las tres únicas gallinas coloradas que tenían, para que no se comieran las verduras que cultivaba su madre.

Eleuterio tenía mi edad, pero asistía a clases de niños con tres o cuatro años menos que él. Se burlaban de su rostro indígena, de su manera peculiar de hablar el español y era conocido en la escuela como: el hijo del guardían.

Le gustaba jugar fútbol y era sin duda un buen arquero. Era pequeño pero fuerte y le gustaba guerrear en el campo de juego. Eleuterio garantizaba que no entrase la pelota cuando jugábamos con muchachos de años superiores y especialmente cuando nos en-

frentábamos a equipos de otros colegios.

A Eleuterio lo dejé de ver cuando mis padres me trasladaron a otra escuela de la zona, para estudiar mi secundaria. En ese proceso vinieron otras materias, otros amigos y el gusto por las chicas de la escuela se convirtió en una obsesión.

Ya en cuarto de secundaria, en el mes de diciembre, recuerdo que íbamos frecuentemente a caminar en grupo hacia la playa, inmensa, en cuya orilla se ocultaban los pequeños muy-muyes, bajo la arena húmeda, bañada por el ondulante oleaje de ese mar verdoso.

Caminábamos por el canto de la playa, dejábamos que la resaca, blanca y espumosa, lamiera nuestros pies desnudos. Volteábamos nuestros rostros sonrientes y nuestras pupilas refulgían al mirar nuestras propias huellas, nuestro camino, nuestras ansiosas vidas de adolescentes.

Mientras las bulliciosas gaviotas y los cándidos pelícanos, cazaban distraídos peces y medrosas arañas de mar, tirábamos nuestros cuadernos sobre la arena y nos sentábamos a contemplar el lecho oceánico, hacia el infinito. Nuestros rostros tomaban una tonalidad naranja, mientras el cielo era pintado de fuego. Nos quedábamos allí, en silencio, hasta que nuestras semblantes retomaban su color natural y, retornábamos a casa cuando las luces de la pequeña ciudad se empezaban a encender, como bombillas en navidad.

Un día fuimos a realizar un trabajo de campo con un grupo de compañeros de la Universidad, en uno de la infinidad de pueblos jóvenes que existen en el sur de Lima. Teníamos que elaborar un diagnóstico de los pobladores del lugar.

Serían las cuatro de la tarde cuando a Alejandra se le rompieron los zapatos, al bajar del cerro en donde habíamos hecho nuestras entrevistas.

*¡Muchachos, muchachos, necesito urgente un zapatero!, ¡no puedo llegar así a la Universidad!*

Luego de que alguien entre bromas recriminó el porqué ella había llevado zapatos de fiesta a una actividad como ésta, iniciamos la búsqueda del zapatero.

Pasamos de un cerro a otro, por entre senderos empedrados. Las casas de estera y cartón eran una prolongación del paisaje. Niños con el vientre inflado, jugaban con un escuálido perro, quien movía la cola cuando recogía un pequeño tallo de granadilla lanzado por los pequeñuelos. A unos metros de ellos

había montículos de desperdicios, que nos arrojó una nube de moscas cuando pasamos por su lado. Preguntamos por algún zapatero, pero no había.

*-Tienen que pasar a la otra loma, allí creo que hay uno*, comentó una señora que venía con unas galoneiras de querosene y a la que encontramos en el camino.

La vista no variaba de las anteriores, continuamos preguntando, hasta que alguien nos dijo:

*-Vayan aquí a la vuelta, allí van a encontrar a uno.*

Era una casa como las otras, pero se podía leer un pequeño letrero hecho a mano: *"Se arreglan todo tipo de zapatos, servicio al instante"*. En la puerta había una niña de unos tres años, quien paladeaba unos hilitos verdosos, espesos, que le caían de la pequeña nariz, la cual se perdía en un rostro redondo y con manchas de tierra. Se quedó mirando el zapato roto de Alejandra y sonrió tímidamente.

Entramos a lo que se suponía era la sala y la cual, funcionaba como el taller del zapatero, esto lo comprendí por el olor a cuero, pegante y a sudor de pies, ya que mis ojos veían sólo oscuridad por algunos instantes. Pasaron los segundos y todo a mi alrededor se hizo más nítido. Vi a un hombre sentado tras una tosca mesita de madera. Tenía la cabeza agachada y esparcía terokal a la suela de un zapato viejo. Sobre la mesa había pequeños recipientes de madera con clavos de diferentes tamaños, al lado se veía un cúmulo de sandalias y zapatos pertenecientes a niños, mujeres y hombres, esperaban su turno para ser reparados.

El grupo de compañeros llenó el reducido ambiente. Hasta que el hombre levantó el rostro y preguntó qué deseábamos. En eso su voz sonó como un inagotable eco en mi cabeza.

*-Esa voz, esa voz la conozco ...*, me dije para mi interior.

*-Y esos ojos, si esos ojos tristes los he visto en alguna parte, me resultan familiares*, pensé.

*-¿Eleuterio?*, pregunté al hombre, con una voz insegura.

*-¿Manuel?, ¿Manuel?*, insistió el hombre con una voz angustiosa.

Alejandra y los otros muchachos nos miraban con ojos asombrados, en silencio. Por entre las paredes de estera, en el lado donde no había papel periódico cosido, se filtraban débiles canales de luz que caían justo sobre la mesa del zapatero.

Era Eleuterio, mi amigo de infancia, el hijo del guardián de la escuela. Sí, era él, sólo que ahora tenía

algunas arrugas en la frente y en los alrededores de los ojos, pero era él, mi amigo..., mi amigo Eleuterio.

Nos abrazamos fuerte, fuerte, la mesa de madera quedó en el centro, sentí el sudor de su cuerpo y vi nuevamente sus ojos tristes. Sonreímos, no recuerdo cuanto, como dos viejos hermanos que se habían dejado de ver por muchos años.

Después de esa ocasión, cada vez que íbamos a realizar nuestras encuestas, visitaba a Eleuterio. Me sentaba a su lado y conversábamos, recordábamos nuestras épocas infantiles, mientras él trabajaba.

Así, yo le comenté que el viejo auxiliar Abanto, había fallecido en un accidente automovilístico, hacía ya algunos años atrás. Eleuterio me relató que, dos años después que a mí me cambiaron de escuela, lo despidieron a su padre y toda la familia tuvo que trasladarse hacia un pueblo joven en Comas, al norte de Lima. Se vió forzado a abandonar los estudios y empezar a trabajar de lo que sea, para ayudar a su familia. En esa rudimentaria casa vivía con Teodora y sus tres hijos: dos mujercitas y un varoncito.

Pasábamos horas y horas conversando amablemente y siempre nuestras historias eran interminables...

...¿*Interminables?* me pregunto sorprendido y la palabra, como el inacabable eco de las montañas, continúa rebotando incesante, en la oscuridad de mi interior.

En este momento reacciono y veo a un grupo de turistas que me rodea, algunos están con los ojos puestos en el cartel con letras de imprenta y otros contemplan el panorama. Un hombre, quien hace de guía, se esfuerza por explicarles en inglés las condiciones de vida deplorables de los antiguos pobladores suecos, y señala las casas con paredes rojas y techos a dos aguas, entre ellas las del zapatero de la montaña blanca.

Salgo del grupo, algunos ojos azules me observan curiosos, el sol me quema el rostro, no recuerdo cuanto tiempo he podido estar aquí parado, contemplando el cartel y las viviendas.

Voy bajando la montaña por un camino suave y asfaltado, en ambos lados veo cuerpos jóvenes echados en la grama, tomando sol, leyendo, conversando o comiendo algún emparedado.

Como una gaviota planeando hacia el océano, continúo bajando, bajando lentamente, siento la ma-

no delicada del viento acariciando mi rostro. Pero al mismo tiempo, una idea palpita en mi interior, golpea como si el poderoso martillo del gran Thor se estrellara contra mis sesos y generara una tormenta en mis entrañas: *Lo que es pasado e historia para Europa, es presente y vida para América Latina. Sí, eso es cierto...*

Tan cierto que, hace ya varios inviernos en que a Eleuterio, a mi gran amigo Eleuterio, lo condujeron de regreso a su tierra natal, Puno, sí a Puno, la comarca de los Uros y del gran lago Titicaca. Allí, con una manta andrajosa y sus ayanques, como cuando niño, resiste ese frío de la puna que le cala los huesos, que pretende arrancarle de cuajo el alma. No le permiten la mirada cariñosa de Teodora y sólo en sueños deposita un beso en las mejillas rosadas de sus críos. Le niegan además, los rayos amarillentos del gran Inti, tal es así que Eleuterio, el zapatero, está a punto de perder la vista y la vida.

Yesto, todo esto, porque Eleuterio, mi gran amigo Eleuterio, se cansó de remendar zapatos y quizo, simplemente quizo, ...remendar la miseria en nuestra patria.

*Alistarco*



# Correo

.a.c.u.s.e.



*Novosantanderino* surgió con los auspicios del College of Liberal Arts, The University of Texas at Brownsville and Texas Southmost College. Nos encontramos con esta publicación gracias a Cipriano A. Cárdenas, Juan Antonio González y María C. Cavazos miembros de la plantilla de maestros que participaron en el *III Encuentro Internacional de Literatura Fronteriza: Letras en el Borde*. El prólogo de Antonio Zaleta nos dice que esta publicación nació para

conmemorar los 250 años del Nuevo Santander transcurridos entre 1748 y 1998.



La Universidad Nacional Autónoma de México publicó *Oscuro Zodiaco* dentro de la colección *El ala del tigre*, coordinada por Víctor Sandóval. Uno de los propósitos de este empeño editorial es difundir en libros colectivos la obra de poetas avicinados en el interior del país. *Oscuro Zodiaco* nos ofrece trabajos de Citlali H.

Xochitiotzin, Raquel González y de las neolaredenses Cynthia Rodríguez Leija y Martha Martínez.



Margarito Cuéllar nos ofreció los ejemplares 20 y 21 de *Armas y Letras*, revista cultural de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Con su lectura nos adentramos en temas muy diversos que van de Pessoa al análisis de la teoría de la observación de Niklas Luhmann. Recordamos a Hemingway y vimos



algunos aspectos de la cultura colombiana, Supimos más de Miguel Ángel Asturias, las incursiones de Freud en Monterrey, el siglo del cine, la batería, Shiller, Celso Garza Guajardo, Francisco Hernández, antes de adentrarnos en los poemas, ensayos y comentarios sobre libros que ofrecen un buen panorama para los lectores de esta publicación bimestral editada en Monterrey, Nuevo León.



El doctor Edmundo Ruiz se presentó en el *III Encuentro Internacional de Literatura Fronteriza Letras en el Borde*, para mostrarnos *El ateneísta*.

Este volumen se encuentra integrado por anécdotas que recrean los años transcurridos entre 1930 y 1935, como estudiante de secundaria y preparatoria en el Ateneo Fuente de Saltillo, no sólo con nostalgia pertinaz, sino como la recreación de una época distante.



Felicitaciones para Federico Schaffler por haber obtenido el Concurso Estatal de Ensayo. Lo mismo que para Carlos Rafael Cantú, ganador en el Concurso Juvenil de Literatura. donde Jesús DLeón-Serratos obtuvo la primera mención honorífica con un cuento de Ciencia Ficción, además de obtener una segunda mención en el Concurso Estatal Juan José Amador que organiza la UAT, en el que Ricardo Antonio Galván, recibió la primera mención.



Xalapa, Veracruz, mayo del 2000

José Luis y Guillermo: Bueno, pues en primer lugar, me da mucho gusto saludarlos por este medio, aunque este correo es más un agradecimiento por la labor literaria que están realizando y una forma de entablar comunicación con ustedes (ojalá de

manera regular). De la misma forma, sería bueno empezar a establecer una red, no sólo entre nosotros, sino a nivel nacional ya que los medios electrónicos (como éste) lo permiten y lo facilitan bastante. Creo que en lugar de asumir esa posición derrotista que algunos de nosotros tomamos ante la masiva carga de información y de imágenes que se encargan de proveernos los distintos medios, tenemos que montarnos en esa ola y aprovecharla para difundir la cultura, las letras, y las diferentes expresiones artísticas. De suerte que, esta carta resulta también ser una felicitación a ustedes que entraron en este nuevo ciclo mundial de vida, por aprovechar los medios con los que abrieron sus fronteras y llegaron, no sólo a toda la república mexicana, sino a otro continente!, lo que hubiera sido casi impensable en otras épocas. De esta manera, reciban Ustedes mis más sinceras felicitaciones porque este concurso no



lo gané yo, sino que lo ganamos todos los que participamos en la creación literaria y los que tuvimos la oportunidad de participar en un concurso gracias a la ayuda de los medios electrónicos. Quizá no sean tan malos después de todo. Les reitero mis felicitaciones, y que esto sea un verdadero ¡ENCORE! Hasta la vista, saludos.

Alfredo Arnaud.  
Bobadilla



*Artifex Ediciones* acaba de publicar *De Profundis*, una antología crítica de literatura fantástica a cargo de Ramón Muñoz y Juan Manuel Santiago. El volumen consta de seis cuentos de los siguientes autores: León Arsenal (*Besos de alacrán*), Daniel Mares (*Un candado para la caja de Pandora*), Félix J. Palma (María Calaveras), Eduardo Vaquerizo (*Seda y plata*), Carlos F. Castrosín (*Los viejos días de la contracultura*) y Armando Boix (*El*

*ayudante de Piranesi*). Cada relato está acompañado por un estudio completo sobre la obra de su autor, realizados por Ramón Muñoz y Juan Manuel Santiago. La portada es obra de Eduardo Vaquerizo, sobre un grabado de Giambattista Piranesi. El precio de venta al público de *De Profundis* es de 1.895 ptas., y puede solicitarse a la editorial en: [artifex@aefcf.es](mailto:artifex@aefcf.es)



El Fondo Editorial Tierra Adentro publicó nuevos títulos para difundir la obra de autores del interior del país. Agradecemos el envío de estos volúmenes que contribuirán a incrementar el acervo bibliográfico de nuestra revista.

*Larva de Serafín* es el libro que recopila diversos cuentos de Alana Gómez, autora originaria de Tlaquepaque, Jalisco. Sobre su obra habla Sergio González Rodríguez: *Alana muestra*

*a su vez gran originalidad en las anécdotas, en particular si se atiende al becho de que, entre las nuevas narradoras mexicanas, resulte infrecuente la línea temática vinculada los aspectos contrastantes y oscuros de la realidad, favorecida en el pasado por escritoras como Elena Garro e Inés Arredondo.*



Nirvana Paz escribió *Procesiones*. Un poemario que de acuerdo a Pedro Tzontémoc: *Responde a uno de los más profundos orígenes del arte: el conjuro de uno mismo. Al exorcizar la tristeza, evocar la alegría y hacer de esto el pretexto mismo de la creación. Nirvana Paz nos revela una vocación artística en desuso en el mejor de los casos, o completamente desconocida en otros, que es la de hacer del arte un mecanismo para vivir la vida, hacer de éste el hilo conductor, la guía que nos conduce al conocimiento interior de nosotros mismos.*



Los sobrevivientes es una buena oportunidad de conocer las nuevas perspectivas de la dramaturgia mexicana. *Aída Andrade Varas*, dice Ricardo Pérez Quitt, *no cesa de explorar en la escritura teatral el escepticismo y disconformismo de sus personajes. Henrik Ibsen resume el contexto en La comedia del amor: Mi lucha debe emprenderse contra todo lo que existe.*



*Vizania Amezcua ofrece con una escritura suspendida en la poética contemplación de la vida -nada menos-, un sueño de amor que cobra forma a partir de la observación atenta de la memoria, pero también la desnuda demostración de que “cada sueño es una herida”. Con bella lucidez, a veces con la intensidad que exige la entrega del propio cuerpo, y otras veces con la desaprensión de quien*

*acepta que los días y las noches no se detienen, la mujer que cuenta en estas páginas expone las razones de la estatua que, ahora lo sabemos, correspondió calladamente y tenzamente, acaso excediéndola, a la devoción de Pigmaleón. Así comenta José Israel Carranza Una manera de morir de Vizania Amezcua.*



Dentro de las nuevas publicaciones del Programa Editorial Tierra Adentro también nos encontramos con. *Cuerpo en añicos* de Jorge Vega López. El poemario es comentado por Guillermo Samperio: *En este libro toma forma una idea que se trasluce detrás del baño público o del hotel de paso; uno puede estar consigo mismo, o mejor no estar, y salir ileso. Vega López, en su inamovible noche y su página, se enfrenta, sin intermedios, a sí mismo, no teme destemplarse y quedar frío, en silencio.*

*Se trata de poeta en añicos, un pesimista empedernido, que no necesariamente escribe el caos, sino su vida, su nombre, un falso heteronómino.*



María Enríquez es la autora de *Pentagramas* publicado con el número 211 en esta colección que impulsa la difusión de los trabajos literarios de los autores jóvenes del país. Raúl Aceves opina: *Llegar a los textos de María Enríquez es como aterrizar en un planeta desconocido, poblado de criaturas extrañas, pero fascinantes; desarticuladas como piezas dispersas de un rompecabezas cósmico, pero milagrosamente congruentes. Criaturas textuales que no sabríamos qué nombre ponerles; ¿metahistorias? ¿metapoemas? Criaturas líquidas, hechas de vacío e intersticios, como peces fosforescentes extraídos de los abismos oceánicos de la conciencia.*

